120

ENCICLICA "SPIRITUS PARACLITUS"(*)

(20-IX-1920)

SOBRE LA LECTURA, ESTUDIO Y MEDITACION ASIDUA DE LA SAGRADA BIBLIA POR EL CLERO Y FIELES SIN EXCEPCION, CON MOTIVO DEL 15º CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN JERONIMO

BENEDICTO PP. XV

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

INTRODUCCIÓN:

A propósito del 15º Centenario de San Jerónimo, el Papa da orientaciones para los estudios bíblicos

1. La Divina Consolación viene de
385 **las Escrituras.** El Espíritu Conso'ador, para iniciar al género humano en los misterios de la divinidad, le dio el tesoro de las Sagradas Letras y providencialmente suscitó, en el transcurso de los siglos, numerosos expositores, tan notables por su santidad, como por su ciencia; los cuales, lejos de dejar infe-

(*) AAS. 12 (1920) 385-422. *Nota Introductoria:* Los errores filosóficos y teológicos de los siglos 18 y 19 estimularon a la Iglesia a precisar y aclarar —entre muchos otros puntos—, los conceptos de revelación, inspiración, infalibilidad e inerrancia de la Biblia. El racionalismo y criticismo negaron la inspiración absoluta, la historicidad del Génesis y de otros libros sagrados y la inerrancia bíblica, la cual, según ellos y aun algunos católicos de entonces, no se extendía a las ciencias naturales e históricas, o sea a los elementos secundarios, profanos, o a las "cosas dichas de paso". Lo que se buscaba era la limitación de la inerrancia sola o de ambas, de la inspiración junto con la inerrancia, restringiéndolas a las solas cosas de fe y moral contenidas en la Biblia.

Las enseñanzas del Concilio Vaticano sobre la naturaleza de la inspiración, la interpretación auténtica de la Iglesia y la realidad histórica de los milagros, relatados en la Biblia no habían sido suficientes para resolver todas las interrogantes de la llamada "cuestión bíblica". Surgieron nuevas opiniones erróneas no sólo de exégetas como Loisy sino también de los escritores como Monseñor Mauricio D'Hulst, Rector del Instituto Católico de París, y Newman, el Cardenal. La Biblia no está toda inspirada, o está totalmente inspirada pero contiene errores por el instrumento humano que colaboró; es perfecta e infalible por lo que Dios hizo (inspiración), pero imperfecta por lo que Dios dejó hacer a los hagiógrafos; o: lo expresado es sólo verdad en opinión de la gente iletrada de entonces y de ahora, mas no en el campo científico. Infalibilidad e inerrancia no hay sino tratándose de cosas de fe y moral.

León XIII arrojó luz sobre todos estos problemas y decidió las cuestiones abiertas, en su Encíclica *Providentissimus Deus*, 18-XI-1893, en cuya primera parte ensalza la Biblia por su gran utilidad, puesta de manifiesto en la Historia eclesiástica, ordena luego los estudios bíblicos y en la tercera enseña, en resumen, que toda la Biblia está inspirada, que no contiene ningún error, que no puede haber oposición entre la Biblia y las ciencias naturales y en los casos de contradicciones aparentes —al no mediar una definición expresa de la Iglesia— debe buscarse una solución humana y científicamente aceptable: "Se ha de considerar, escribió, que los escritores sagrados... tratan a veces las cosas o en sentido figurado o según la manera de hablar en aquellos tiempos, que aun hoy rige para muchas cosas de la vida", (¡El sol se pone!) hasta entre las personas más cultas (véase más abajo nº 40 de esta Encíclica).

Los asuntos históricos de la Biblia ofrecían aun mayor dificultad por no pocos descubrimientos hechos en aquellos años. León XIII afirmó también para estos asuntos el principio de la inerrancia absoluta, pero no señaló la solución del problema.

De allí surgieron nuevas dificultades que requerían aclaración. El modernismo que trataba en el fondo de poner de acuerdo la fe con el pensamiento moderno, por sus excesos vino a agravar la situación. Según los modernistas, no hay en la Biblia sino verdades relativas y las narraciones históricas no lo son sino en apariencia. Ellos llegan a negar en absoluto la inspiración divina y la inerrancia de la Biblia. Los libros sagrados son para ellos obras meramente humanas, sujetas a error. Los Evangelios no contienen lo que Cristo hizo y enseñó sino lo que la comunidad primitiva de los cristianos pensó de Jesús.

Para zanjar las dificultades y orientar a los estudiosos más allá de su Encíclica, León XIII instituyó, por las Letras Apostólicas *Vigilantiae*, 30-X-1902, la Pontificia Comisión Bíblica. Para reforzar la vigilancia y positivamente impulsar desde el punto de vista católico los estudios bíblicos San Pío X fundó el Pontificio Instituto Bíblico por las Letras Apostólicas *Vinea electa*, 7-V-1909. Por otro lado disminuyó bajo las claras enseñanzas de San Pío X el peligro del modernismo para la exégesis y, en general, la teología católicas.

En el ambiente de mayor calma recogió Benedicto XV los frutos de las discusiones y luchas, dirimió las disputas y dió nuevas orientaciones bíblicas en la presente Encíclica *Spiritus Paráclitus*,

cundo este *"celestial tesoro"*(1), debían, por sus estudios y sus trabajos, hacer gustar superabundantemente a los fieles *"la consolación de las Escrituras"*.

San Jerónimo eximio comentarista. Por unánime consenso se coloca en primera línea de esta escogida falange a SAN JERÓNIMO, en quien la Iglesia Católica reconoce y venera al máximo doctor que le haya otorgado el cielo para interpretar las Sagradas Escrituras. Debiendo conmemorar dentro de algunos días el 15º centenario de su muerte, Nos no queremos, Venerables Hermanos, dejar pasar una ocasión tan favorable para entreteneros a gusto sobre la gloria que conquistó SAN JERÓNIMO, y sobre los servicios que prestó por su ciencia de las Sagradas Escrituras.

El Papa renueva orientaciones. La conciencia de Nuestro cargo apostólico y el deseo de perfeccionar el estudio, noble entre todos, de la Escritura, Nos mueven por una parte, a proponer a la
386 imitación este gran genio como hermoso modelo; y, por otra parte, a confirmar con Nuestra autoridad apostólica y a adaptar a los tiempos por que hoy atraviesa la Iglesia las preciosas directivas y prescripciones dadas en esta materia por Nuestros predecesores de feliz memoria LEÓN XIII y PÍO X. En efecto, SAN JERÓNIMO, *"espíritu plenamente impregnado del sentido católico, y muy versado en el conocimiento de la ley sagrada"*(2), *"maestro de los católicos"*(3), *"modelo de virtud y luz del mundo entero"*(4), ha expuesto maravillosamente y defendido con valentía la doctrina católica acerca de Nuestros Santos Libros; a este título, nos ha suministrado una multitud de enseñanzas de muy alto valor, en las cuales Nos nos fundamos para exhortar a todos los hijos de la Iglesia, y principalmente a los clérigos, tanto a mirar con respeto las Divinas Escrituras, como a practicar su lectura piadosa y meditación asidua.

I. LA VIDA Y LOS TRABAJOS DE SAN JERÓNIMO

1) Nacimiento. Estudios en Roma. Primer retiro en Oriente.

2. **Bosquejo histórico: vida y trabajos de San Jerónimo.** Como sabéis, Venerables Hermanos, JERÓNIMO nació en Estridonio, ciudad que era fronteriza entre Dalmacia y Panonia(5); criado desde la más tierna infancia en el catolicismo(6), revistió aquí mismo, en Roma, con su bautismo, la librea de Cristo(7); desde aquel día, y hasta el final de su muy larga vida, consagró todas sus fuerzas al estudio, a la explicación y defensa de los Sagrados Libros.

En Roma, se inició en el estudio de las letras latinas y griegas y apenas abandonaba el aula de los retóricos, aun adolescente, se ejercitó en comentar al profeta ABDÍAS; este ensayo de su *"primera juventud"*(8) desarrolló a tal punto su amor por las Escrituras, que, siguiendo la parábola del Evangelio, decidió sacrificar por el tesoro que iba descubriendo *"todas las ventajas de este mundo"*(9).

3. **En Oriente. Estudio de lenguas; primeros comentarios.** Y afrontando todas las dificultades de semejante proyecto, dejó su casa, sus padres, su hermana y sus allegados, renunció a su suntuosa mesa y partió para los Santos Lugares a fin de adquirir con mayor abundancia las riquezas de Cristo y el conocimiento del Salvador por la lec-

---

afirmando con San Jerónimo la inerrancia absoluta de la Biblia. Protestó contra los que habían interpretado mal a León XIII, como si hubiese atribuido a los hagiógrafos una "historia según apariencias" y coincide con San Jerónimo en la interpretación de los fenómenos naturales e históricos. Estas breves indicaciones ayudarán, tal vez, a comprender mejor las dos Encíclicas sobre la Biblia, la *Providentissimus* de León XIII y la *Spiritus Paraclitus* de Benedicto XV. Nuevas dificultades harán intervenir nuevamente a Pío XII con su Encíclica *Divino Afflante Spiritu*, 30-IX-1943, como en su lugar se verá. (P. H.)

(1) Conc. Trid. ses. 5, decr. de ref., c. 1.

(2) Sulpicio Severo, Dial. 1, 7. (Migne, P.L. 20, 188 C).

(3) Casiano, De Inc. 7, 26. (Migne, P.L. 50, 256).

(4) S. Próspero, Carmen de Ingratis, vers. 57 (Migne, P.L. 51, 98).

(5) De viris ill. cap. 135 (Migne, P.L. 23, 755).

(6) Ep. 82, 2, 2; 6 (Migne, P.L. 22, 739)

(7) Ep. 15, 1, 1; 16, 2, 1 (Migne, P.L. 22, 355 y 358).

(8) In. Abd. Praef. (Migne, P.L. 25, 1097)

(9) En Mat. 13, 44 (Migne, P.L. 36, 97 C.).

tura y el estudio de los Libros Sagrados[10].

387 En diversas ocasiones, nos refiere él mismo, cómo trabajó, sin ahorrar esfuerzo. *"Una sed ardiente me excitaba a instruirme junto a otros, y no fuí yo, como muchos piensan, mi propio maestro".*

"En Antioquía, seguí a menudo las lecciones de Apolinario de Laodicea, con quien mantenía amistad; pero a pesar de ser su discípulo en las Sagradas Escrituras, jamás adopté su dogmatismo tenaz en materia de interpretación"[11].

De Palestina, JERÓNIMO se retiró al desierto de Salcis, en Siria oriental; y, con el fin de penetrar más a fondo el sentido de la Palabra divina, al mismo tiempo que para refrenar por medio de un arduo trabajo los ardores de la juventud, entró en la escuela de un judío convertido, que le enseñó igualmente el hebreo y el caldeo. *"Cuánto trabajo me costó, cuántas dificultades hube de vencer, cuántos desalientos, cuántas veces abandoné este estudio para retomarlo luego, estimulado por mi pasión a la ciencia, sólo yo, que lo sufrí podría decirlo, y aquellos con quienes vivía. Bendigo a Dios por los dulces frutos que me procuró la amarga semilla del estudio de las lenguas"*[12].

2) Constantinopla y Roma. Encargo del Papa Dámaso de corregir el texto del N. T.

Huyendo de las bandas heréticas que venían a perturbarlo hasta el fondo del desierto, JERÓNIMO se dirigió a Constantinopla. El Obispo de esta ciudad era entonces SAN GREGORIO, el Teólogo, universalmente célebre por su ciencia. JERÓNIMO lo tomó durante casi tres años por guía y maestro en la interpretación de las Sagradas Letras. Fué entonces cuando tradujo al latín las Homilías de ORÍGENES sobre los profetas, así como también la Crónica de EUSEBIO, y comentó la visión de los Serafines en ISAÍAS.

4. **En Roma. El Papa Dámaso y la versión latina del N. T.** Las dificultades por que atravesaba la cristiandad lo llevaron de nuevo a Roma. Allí fue paternalmente acogido por el Papa DÁMASO, a quien asistió en el gobierno de la Iglesia[13].

Solicitado en todos los sentidos por las preocupaciones de este cargo, no dejó por eso de recurrir asiduamente a los Libros Santos[14] y de transcribir y coordinar los manuscritos[15]; ora resolvía las dificultades que se le sometían, ora iniciaba a sus discípulos de ambos sexos en la ciencia de las Escrituras[16]. El Papa le había confiado la inmensa tarea de revisar la versión latina del 388 Nuevo Testamento; y él demostró en ello tanta penetración y agudeza de juicio, que su obra viene siendo cada vez más admirada y estimada por los mismos exégetas modernos.

3) Vuelta a Belén y viajes por Palestina.

5. **En Belén. Nuevos estudios.** Pero todos sus pensamientos, todas sus aficiones, lo atraían hacia los lugares venerables de Palestina. Y así, a la muerte de DÁMASO, JERÓNIMO se retiró a Belén y levantó junto a la cuna de Cristo un monasterio en donde se consagró por entero a Dios, empleando todos los instantes que le dejaba la oración en estudiar y enseñar las Escrituras. *"Ya mi cabeza se cubría de cabellos blancos* —dice él mismo— *y me daba el aspecto de un maestro más bien que de un discípulo, y no obstante, iba a Alejandría a la escuela de Dídimo. Mucho le debo, pues que me enseñó lo que yo ignoraba; y aun lo que yo sabía, me lo dio a conocer bajo nuevas formas. Todos se figuraban que ya nada tenía yo que aprender, y sin embargo, cuántas*

(10) Ep. 22, 30, 1 (Migne, P.L. 22, 416).
(11) Ep. 84, 3, 1 (Migne, P.L. 22, 745).
(12) Ep. 125, 12 (Migne, P.L. 22, 1079).
(13) Ep. 123 9 al. 10; Ep. 127, 7, 1 (Migne, P.L. 22, 1052 y 1091).
(14) Ep. 127, 7, 1 (Migne, P.L. 22, 1091).
(15) Ep. 36, 2, Ep. 32, 1 (Migne, P.L. 22, 453 y 416).
(16) Ep. 45, 2; 126, 3; 127, 7 (Migne, P.L. 22, 561; 22, 1087 y 1091).

fatigas y cuántos esfuerzos había de costarme todavía en Jerusalén y en Belén, el seguir durante la noche las lecciones de Baraninas! Pues temía él a los judíos y me causaba la impresión de un segundo Nicodemo"[17].

Lejos de atenerse tan sólo a las lecciones y a la autoridad de sus maestros —aunque tuvo varios otros— utilizó, para hacer nuevos progresos, fuentes de documentación de todo género: después de haberse procurado desde un principio los mejores manuscritos y comentarios de la Escritura, explotó los libros de las sinagogas y las obras de la biblioteca de Cesarea, constituida por ORÍGENES y EUSEBIO; la comparación de estos textos con los suyos debía permitirle fijar la forma auténtica y el sentido verdadero del texto sagrado.

Viajes de estudio por Palestina. Para mejor conseguir su fin, visitó toda la Palestina, y plenamente convencido de la ventaja que había en ello, la señaló en su carta a DOMNIÓN y a ROGACIANO: *"La Sagrada Escritura tendrá muchos menos secretos para quien ha visto la Judea por sus propios ojos y ha encontrado el rastro de las ciudades desaparecidas y los nombres idénticos o transformados de las localidades. Este pensamiento nos guiaba cuando nos impusimos la tarea de recorrer, en compañía de los mejores sabios judíos, la región cuyo nombre resuena en todas las iglesias de Cristo"*[18].

389 He aquí, pues, a JERÓNIMO que alimentó sin cesar su espíritu con este maná exquisito que explicó las Epístolas de SAN PABLO, corrigió a la luz de los textos griegos los manuscritos latinos del Antiguo Testamento, volvió a traducir del original hebreo al latín casi todos los Libros Santos, explicó cada día las Sagradas Escrituras a los fieles reunidos, respondió a las cartas que de todas partes le enviaban, para someterle dificultades exegéticas por resolver, refutó con vehemencia a los impugnadores de la unidad de la fe católica; y tan poderosa era la energía que le daba su amor a las Escrituras, que no cesó de escribir o de dictar hasta que la muerte vino a enfriar su mano y apagar su voz. Y sin reparar en fatigas, vigilias ni gastos, jamás, hasta su extrema vejez, dejó de meditar día y noche, junto al Pesebre, la Ley del Señor, desde el fondo de su soledad, sirviendo más al catolicismo, por los ejemplos de su vida y por sus escritos, que si hubiese vivido en Roma, centro del mundo.

Después de este rápido bosquejo de la vida y trabajos de SAN JERÓNIMO, abordemos, Venerables Hermanos, el examen de su enseñanza sobre la dignidad divina y absoluta veracidad de las Escrituras.

II. DOCTRINAS BÍBLICAS DE S. JERÓNIMO

1) La naturaleza de la inspiración

6. **Lo que es la Biblia. El mismo Espíritu Santo la redactó.** Recórrase los libros del gran doctor, no hay una página que no testigüe con evidencia que él sostuvo, firme e invariablemente, con la Iglesia Católica entera, que los Santos Libros fueron escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, que tienen a Dios por autor y que como tales los ha recibido la Iglesia[19]. Los Libros de la Sagrada Escritura, afirma, fueron compuestos bajo la inspiración, o la sugestión, o la insinuación, y aun el dictado del Espíritu Santo, más todavía, el mismo Espíritu fué quien los redactó y publicó.

Pero por otra parte, JERÓNIMO no tiene duda alguna de que todos los autores de estos libros, cada uno conforme a su carácter y a su genio, prestaron libremente su concurso a la inspiración divina.

De este modo, no sólo afirma sin reservas lo que es el elemento común de todos los escritores sagrados —a saber, que su pluma era guiada por el Espíritu de Dios, a tal punto que Dios no sólo debe ser considerado como la causa principal de cada uno de los pensamientos y expresiones de la Escritura—, sino que también distingue cuidadosamente lo

(17) Ep. 84, 3, 1 (Migne, P.L. 22 745).
(18) Ad. Domnionem et Rogat. in lib. Paralip. Prefacio (Migne PL. 29, col. 423-A).
(19) Conc. Vat. s. III, Const. "de F. Cath." c. 2.

que es particular a cada uno de ellos.
390 Desde múltiples puntos de vista —ordenación y materiales, vocabulario, cualidades y forma de estilo— muestra que cada uno de ellos aportó a la obra sus facultades y fuerzas personales; y llega así a fijar y a describir el carácter particular, las *"notas"*, podría decirse, y la fisonomía propia de cada uno, sobre todo de los profetas y del Apóstol SAN PABLO.

Para mejor explicar esta colaboración de Dios y del hombre en la misma obra, JERÓNIMO propone el ejemplo del obrero que emplea en la confección de algún objeto un instrumento o una herramienta: en efecto, todo lo que dicen los escritores sagrados *"constituye las palabras de Dios, no las palabras de ellos; al hablar por su boca, el Señor se sirvió de ellos como de instrumentos"*(20).

7. Mecanismo psicológico de la inspiración. Si ahora tratamos de saber cómo hay que entender este influjo de Dios sobre el escritor sagrado, y su acción como causa principal, veremos en seguida que la opinión de SAN JERÓNIMO está en perfecta armonía con la doctrina común de la Iglesia Católica en materia de inspiración: Dios, afirma, JESÚS mismo por un don de su gracia, ilumina el espíritu del escritor en lo que respecta a la verdad que éste debe transmitir a los hombres *"por la virtud de Dios"*; mueve en seguida su voluntad, y lo impulsa a escribir; y por fin le da la asistencia especial y continuada hasta el término del libro.

Sobre este concurso divino funda principalmente nuestro Santo la excelencia y dignidad incomparables de las Escrituras, cuya ciencia, nos dice, es el tesoro escondido(21) y la perla preciosa del Evangelio(22), asegurándonos que las Escrituras encierran las riquezas de Cristo(23) y *"la platería que adorna la casa de Dios"*(24).

2) Autoridad suprema de la Escritura

8. Las consecuencias de la inspiración: autoridad divina. La soberana autoridad de la Escritura, la proclamaba elocuentemente con palabras y con hechos. Apenas se producía una controversia, recurría a la Biblia como al más rico arsenal y de allí sacaba testimonios; argumentos solidísimos y absolutamente irrefutables.

Es así como respondió con una claridad desprovista de afectación, a HELVIDIO que negaba la perpetua virginidad de la Madre de Dios, en los siguientes términos: *"Así como admitimos lo que dice la Escritura, desechamos lo que no dice. Si creemos que Dios nació de la Virgen, es porque lo leemos, (en la Escritura). Pero que María perdiese la virginidad después del parto, no lo cree-* 391
mos, porque no lo leemos (en la Escritura)"(25). Y con las mismas armas se propone defender con todo vigor contra JOVINIANO la doctrina católica acerca del estado de virginidad, la perseverancia, la abstinencia y el valor meritorio de las buenas obras; *"A cada una de estas afirmaciones, haré todos los esfuerzos posibles para oponerle los textos de la Escritura; evitaré así que vaya él a lamentarse por doquiera de que lo vencí más por mi elocuencia, que por la fuerza de la verdad"*(26).

En la defensa que escribió de sus obras contra el mismo hereje, agrega: *"Parecería ser que se le hubiese suplicado que se rindiese a mí, mientras que sólo se rindió a disgusto y debatiéndose contra la verdad"*(27).

Sobre el conjunto de la Escritura, leemos además en su comentario sobre JEREMÍAS, que la muerte le impidió terminar: *"No es el error de los padres ni de los antepasados lo que hay que seguir, sino la autoridad de las Escrituras y la voluntad del amo, que es Dios"*(28).

Ved en qué terminos describe a FABIOLA el método y el arte de combatir al enemigo. *"Una vez que conozcas bien*

(20) Tract. sobre el Salmo 88.
(21) In Matth. 13, 44; tract. de Ps. 77 (Migne, P.L. 26, 97 C).
(22) In Matth. 13, 45 (Migne, PL. 98-A).
(23) Quaest. in Gen. Praef. (Migne, P.L. 23, 984, A).
(24) In Agg. 2, 1; Cf. in Gal. 2, 10, etc. (Migne, P.L. 25, 1404 C; 26, 363 A).
(25) Adv. Helv. 11 (Migne, P.L. 23, 213, A).
(26) Adv. Jovin. 1, 4 (Migne, P.L. 23, 225, A)
(27) Ep. 47, al. 48, 14, 1 (Migne, P.L. 22, 503).
(28) In Jer. 9, 12 (Migne, P.L. 24, 743, D).

las Divinas Escrituras, y te hayas armado con sus leyes y testimonios, que son los vínculos de la verdad, marcharás sobre tus enemigos, los enlazarás, los encadenarás y los traerás cautivos; y luego de estos adversarios y cautivos de ayer harás hijos libres de Dios"[29].

3) Inerrancia absoluta. Lo que San Jerónimo enseña recoge León XIII

Absolutamente libre de todo error toda la Biblia. Ahora bien, SAN JERÓNIMO enseña que la inspiración divina de los Libros Santos y su soberana autoridad traen como consecuencia necesaria la preservación y ausencia de todo error y engaño; recibió este principio de las más célebres escuelas de Occidente y de Oriente como transmitido por los Padres y por todos admitido. Apenas hubo emprendido por orden del Papa DÁMASO, la revisión del Nuevo Testamento, algunos *"espíritus de cortos alcances"* le reprochaban con acritud haber intentado, *"con desprecio de la autoridad de los antiguos y la opinión del mundo entero hacer algunos retoques en los Evangelios"*, él se contentó con responder que no era bastante simple ni bastante ingenuo para pensar que una sola partícula de las palabras del Señor hubiese menester de corrección, o no fuese divinamente inspirada[30].

Comentando la primera visión de
312 EZEQUIEL sobre los cuatro Evangelios, observa: *"No hallará extraño todo este cuerpo y estos lomos salpicados de ojos quien haya comprendido que del menor detalle de los Evangelios brota una luz cuyos destellos alumbran al mundo, a tal punto que un detalle que se estima sin valor alguno y vulgar, irradia con todo el majestuoso brillo del Espíritu Santo"*[31].

Ahora bien, este privilegio que reivindica aquí para los Evangelios, lo reclama, en cada uno de sus comentarios para todas las otras *"palabras del Señor"* y lo convierte en ley y base de la interpretación católica; tal es, por lo demás, el criterio que emplea SAN JERÓNIMO para distinguir al verdadero del falso profeta[32] *"Porque la palabra del Señor es la verdad, y para él, decir y realizar, es todo uno"*[33], y no es lícito acusar a la Escritura de mentira[34], ni aun admitir en su texto, aunque más no fuera, un error de nombre[35]. Por lo demás, el Santo Doctor agrega que *"no trata de la misma manera a los apóstoles y a los otros escritores"*, es decir los autores profanos; *aquellos dicen siempre la verdad; éstos, como sucede a los hombres, se equivocan sobre ciertos puntos"*[36]; y muchas afirmaciones de la Escritura, que parecen increíbles, no dejan por eso de ser ciertas[37]; en esta *"palabra de verdad"* no se podría descubrir cosas o afirmaciones contradictorias *"ninguna discordancia, ninguna incompatibilidad"*[38]; por consiguiente *"si la Escritura contuviera datos que pareciesen excluirse, ambos permanecerían "verdaderos", "a pesar de su divergencia"*[39].

Fuertemente adherido a este principio, si le sucedía encontrar en los Sagrados Libros contradicciones aparentes, JERÓNIMO concentraba todos sus cuidados y los esfuerzos de su espíritu a resolver la dificultad; si aun así, juzgaba la solución poco satisfactoria, emprendía nuevamente, cuando la ocasión se presentaba, y sin descorazonarse, el examen de esta dificultad, sin llegar muchas veces a resolverla perfectamente.

Jamás imputó a los escritores sagrados la más mínima impostura. *"Dejo
eso a los impíos tales como Celso, Porfirio, Juliano"*[40]. 393
Estaba en eso completamente de acuerdo con SAN AGUSTÍN; éste, como lo leemos en una de sus cartas al mismo SAN JERÓNIMO, profesaba hacia los Libros Sagrados respetuosa veneración y creía firmemente que ni un solo error se deslizó jamás

(29) Ep. 78, 30, al. 28 mansio. (Migne, P.L. 22, 714).
(30) Ep. 27, 1 (Migne, P.L. 22, 431).
(31) In. Ez. 1, 15 (Migne, P.L. 25, 28, A).
(32) In. Mich. 2, 11; 3, 5 (Migne, P.L. 25, 1174, B; 25, 1180, B).
(33) In. Jer. 31, 35 (Migne, P.L. 24, 885, A).
(34) In Nah. 1, 9 (Migne, P.L. 25, 1238, C).
(35) Ep. 57, 7, 4 (Migne, P.L. 22, 572).
(36) Ep. 82, 7, 2 (Migne, P.L. 22, 740).
(37) Ep. 72, 2, 2, 2 (Migne, P.L. 22, 674).
(38) Ep. 18, 7, 4; Cf. Ep. 46, 6, 2 (Migne, P.L. 22, 366; 22, 486).
(39) Ep. 36, 11, 2 (Migne, P.L. 22, 457).
(40) Ep. 57, 9, 1 (Migne, P.L. 22, 575).

bajo la pluma de ninguno de sus autores; por lo cual, si encontraba en las Sagradas Letras un pasaje que parecía contrario a la verdad, lejos de denunciarlo como falso, atribuía el hecho a una alteración del manuscrito, o a un error de traducción, o a una total incomprensión de su parte: *"Y yo sé, hermano mío, que tú no juzgas de otro modo,* decía AGUSTÍN a JERÓNIMO, *pues no puedo imaginarme que tú desees ver tus obras leídas con las mismas disposiciones de espíritu con que deben leerse las obras de los Profetas y de los Apóstoles: dudar de que se hallen éstas exentas de todo error sería un crimen"*[41].

9. **Enseñanzas que se confirman por León XIII.** Esta doctrina de SAN JERÓNIMO confirma, pues, con brillo y explica al mismo tiempo la declaración en que Nuestro Predecesor LEÓN XIII, de feliz memoria, formulaba solemnemente la creencia antigua y constante de la Iglesia en la inmunidad perfecta que pone a la Sagrada Escritura al abrigo de todo error: *"Es tan imposible que la inspiración divina esté expuesta al peligro de error, que no sólo el menor error queda esencialmente excluido, sino que esta exclusión y esta imposibilidad son tan necesarias, como lo es que Dios, soberana Verdad, no sea el autor de ningún error, por pequeño que darse puede".* Después de haber reproducido las difiniciones de los CONCILIOS DE FLORENCIA y de TRENTO, confirmadas por el VATICANO, LEÓN XIII agrega: *"La cuestión no cambia en nada por el hecho de que el Espíritu Santo se haya valido de los hombres como de instrumento para escribir, como si algún error hubiese podido escapar, no ya por cierto, al autor principal, sino a los redactores inspirados".*

"En efecto, El mismo por su acción sobrenatural, los ha excitado e impulsado a tal punto a escribir, y tanto los ha asistido durante la redacción, que ellos concebían una exactitud y querían transmitir fielmente y expresaban perfectamente y con precisión infalible todo lo que El les ordenaba escribir, y sólo eso, que si hubiere sido de otro modo, no sería El mismo el autor de la Sagrada Escritura toda entera"[42a].

4) Errores modernos

a) en general

10. **Refutación de las teorías erróneas.** Estas palabras de Nuestro Predecesor no daban lugar a ninguna duda ni a vacilación alguna. Mas, por desgracia, Venerables Hermanos, no faltaron, 394
sin embargo, y no sólo fuera de la Iglesia Católica, sino también entre sus hijos y, con un desgarramiento más cruel aun para Nuestro corazón, hasta entre los sacerdotes y maestros de las ciencias sagradas, no faltaron espíritus que, con una confianza orgullosa en su propio juicio, rechazaron abiertamente o atacaron hipócritamente en este punto el magisterio de la Iglesia.

Claro está que Nos aprobamos el designio de aquellos que deseosos de eliminar las dificultades del Sagrado Texto, con la contribución de todos los materiales que suministran la ciencia y la crítica, emplean nuevos métodos y maneras de resolver esas dificultades, pero fracasarán lamentablemente en esta empresa, si desatienden las directivas de Nuestro Predecesor y si rebasan las barreras y límites precisos señalados por los Padres.

b) Admiten errores en "los elementos secundarios" o profanos de la Biblia

11. **Opinión de los que restringen el campo de la inspiración.** Ahora bien, la opinión de algunos modernos no se preocupa absolutamente de estas prescripciones y límites: distinguiendo en la Escritura un doble elemento, elemento principal o religioso y elemento secundario o profano, aceptan, sí, que la inspiración obra sobre todas las proposiciones y aun sobre todas las palabras de la Biblia, pero disminuyen y restringen sus efectos, empezando por la in-

(41) S. *Aug. ad S. Hieron.*, inter epist. S. Hier. 116, 3 (Migne, P.L. 22, 937).

(42a) Litt. Enc. *"Providentissimus Deus"*, 18-XI-1893; en esta Colección Encíclica Nº 66, 44 y 45 pág. 504.

munidad de error y la absoluta veracidad, al solo elemento principal o religioso.

Según ellos, Dios no tiene presente y no enseña personalmente en la Escritura, sino lo que toca a la Religión; para lo demás, que dice relación a las ciencias profanas y no tiene otra utilidad para la doctrina revelada que de servir como de envoltura exterior a la verdad divina, Dios sólo lo permite y lo abandona a la debilidad del escritor. Se hace, pues, así muy natural que en el orden de las cuestiones físicas, históricas y otras semejantes, la Biblia ofrezca pasajes bastante numerosos que no es posible conciliar con los progresos actuales de las ciencias.

Hay espíritus que pretenden que estas opiniones erróneas no se oponen en nada a las prescripciones de Nuestro Predecesor; ¿acaso no declaró, dicen ellos, que, en materia de fenómenos naturales, el autor sagrado ha hablado según las apariencias exteriores y, por lo tanto, susceptibles de engaño? Singularmente temeraria y mentirosa es esta afirmación, como lo prueban manifiestamente los propios términos del documento pontificio.

Opónese este error a las enseñanzas de León XIII. La apariencia exterior de las cosas, sabiamente declaró LEÓN XIII, en pos de SAN AGUSTÍN y de SANTO TOMÁS DE AQUINO, debe tomarse en consideración; pero este principio no puede conducir a la más leve sospecha de error contra las Sagradas Letras. En efecto, la sana filosofía tiene por cierto que, en la percepción inmediata de las
395 cosas que constituyen su propio objeto de conocimiento, los sentidos no se equivocan.

Además, después de haber apartado toda distinción y toda posibilidad de errónea apreciación entre lo que llaman el elemento principal y el elemento secundario, Nuestro Predecesor señala claramente el muy grave yerro de los que estiman que, *"para juzgar de la verdad de las proposiciones, sin duda hay que buscar lo que dijo Dios, pero, más que todo, ponderar los motivos que lo han hecho hablar"*[42b]. LEÓN XIII enseña además que la inspiración divina alcanza todas las partes de la Biblia, sin selección ni distinción ninguna, y que es imposible que el más mínimo error se haya deslizado en el texto inspirado. *"Sería una falta muy grave restringir la inspiración sólo a ciertas partes de la Sagrada Escritura, o admitir que el mismo autor sagrado se haya equivocado"*[42c].

c) Recházase la verdad absoluta de la Biblia, propugnando la relativa

12. **Opinión que restringe la autoridad de los libros sagrados.** La doctrina de la Iglesia, confirmada por la autoridad de SAN JERÓNIMO y de otros Padres, no es menos desconocida por los que piensan que las partes históricas de las Escrituras se apoyan, no sobre la verdad *absoluta* de los hechos, sino únicamente sobre su verdad *relativa*, como dicen ellos, y sobre la manera general y popular de pensar. No temen apoyarse, para sostener esta teoría, en las palabras del Papa LEÓN XIII, que habría declarado que se pueden trasladar al dominio de la historia los principios admitidos en materia de fenómenos naturales[42d].

Así, del mismo modo que, en el orden físico, los escritores sagrados habrían hablado según las apariencias, así también se pretende que cuando se trataba de acontecimientos que no conocían, los han relatado tal como aparecían establecidos según la opinión común, del pueblo a las narraciones inexactas de otros testigos; además, no han mencionado las fuentes de sus informaciones y no han garantizado personalmente las narraciones que tomaron de otros autores.

León XIII mal interpretado. ¿De qué servirá refutar largamente una teoría gravemente injuriosa para Nuestro Predecesor a la vez que falsa y llena de

(42b) Véase esta colección: Enc. nº 66, 44, p. 503.
(42c) Véase esta colección: Enc. nº 66, 43, p. 503.
(42d) Véase esta colección: Enc. nº 66, 40, p. 502.

error? ¿Qué atingencia hay, en efecto, entre los fenómenos naturales y la historia?

Las ciencias físicas se ocupan de los objetos que caen bajo la acción de los sentidos y deben por lo tanto concordar con los fenómenos tales cuales aparecen; la historia, por el contrario, escrita como hechos, debe, y es su ley principal, encuadrarse con estos hechos, tales cuales realmente sucedieron. Si se admite la teoría de estos autores, ¿cómo salvaguardar en la narración sagrada esta verdad, pura de toda falsedad, que Nuestro Predecesor declara, en todo el contexto de su Carta, no deber tocarse?

396 Cuanto afirma que hay interés en trasladar a la historia y a las ciencias conexas los principios que valen para las ciencias físicas, no se propone establecer una ley general y absoluta, sino que indica simplemente un método uniforme a seguir para refutar las falaces objeciones de los adversarios y defender contra sus ataques la verdad histórica de la Sagrada Escritura.

13. **Opinión que discute la objetividad de la narración sagrada.** ¡Ojalá que los partidarios de estas novedades se contentasen con éstas! Pero es que para defender su opinión llegan hasta pretender contar con el concurso del Doctor dálmata. SAN JERÓNIMO, si les creemos a ellos, habría declarado que es necesario mantener la exactitud y el orden de los hechos históricos en la Biblia *"tomando por regla, no la realidad objetiva, sino la opinión de los contemporáneos"*, y que tal es la ley propia de la historia(43). ¡Qué bien se las arreglan para deformar en beneficio de su causa las palabras del Santo Doctor! El verdadero pensamiento de éste a nadie le puede originar dudas: no dice que, en la exposición de los hechos, el escritor sagrado se acomoda a una falsa creencia popular tratándose de cosas que él ignora, sino únicamente que, en la designación de las personas y de los objetos, adopta el lenguaje corriente. Así, cuando llama a SAN JOSÉ padre de Jesús, indica él mismo claramente en todo el curso de su narración en qué sentido entiende este nombre de padre.

En el pensamiento de SAN JERÓNIMO, la *"verdadera ley de la historia"* exige por el contrario que, en el empleo de las denominaciones, el escritor se atenga, apartando todo peligro de error, al modo general de expresarse; porque el uso es el árbitro y la regla del lenguaje.

Se sigue explicando los conceptos de San Jerónimo. Pero hay más: ¿Acaso nuestro Doctor va a poner los hechos que refiere la Biblia al mismo nivel que los dogmas que debemos creer necesariamente para salvarnos? Pues esto mismo es lo que leemos en su Comentario de la Epístola a FILEMÓN: *"Por mi parte, he aquí lo que digo: Un tal, cree en Dios Creador; esto no le es posible mientras no crea en la verdad de lo que contiene la Escritura con respecto a sus santos"*. Y termina una larga serie de citas sacadas del Antiguo Testamento diciendo: *"Quienquiera que se niegue a creer en todos estos hechos y en los demás sin excepción que se narran con respecto a los santos no podrá creer en el Dios de los santos"*(44).

SAN JERÓNIMO está pues completamente de acuerdo con SAN AGUSTÍN quien, recogiendo por decirlo así el sentimiento común de toda la antigüedad cristiana, esribía: *"Todo lo que la* 397 *Sagrada Escritura nos atestigua con respecto a Enoc, a Elías y a Moisés, todo eso lo creemos, puesto que los seguros y grandes testimonios de su veracidad la colocan en la cumbre suprema de la autoridad... Si pues nosotros creemos que el Verbo nació de la Virgen María, no es porque careció de otro medio para tomar una verdadera carne y manifestarse a los hombres (como lo pretendía Faustus), sino porque lo leemos así en esta Escritura a la cual debemos creer bajo pena de no poder permanecer siendo cristianos ni salvarnos"*(45).

(43) In. Jer. 23, 15; in Matth. 14, 8; adv. Helv. 4 (Migne, P.L. 24, 824; 26, 101).
(44) In. Philemon. 4 (Migne, P.L. 26, 645, B y D).
(45) *S. Aug.* Contra Faustum 26, 3 y 7 (Migne, P.L. 42, 480 y 483).

d) Recúrrese injustificadamente al expediente de las "citas implícitas".

14. **Opinión que ataca la veracidad de la narración sagrada.** Hay aún otro grupo de deformadores de la Escritura Sagrada: queremos hablar de aquellos que, por abuso de ciertos principios, justos por lo demás mientras se les mantiene dentro de ciertos límites, llegan hasta socavar la doctrina católica transmitida por el conjunto de los Padres. Si viviese aún SAN JERÓNIMO, dirigiría seguramente ataques a fondo contra los imprudentes, que despreciando el sentimiento y el juicio de la Iglesia, recurren con demasiada facilidad al sistema que llaman de las citas implícitas o de las narraciones que no serían históricas sino en apariencia, pretendiendo descubrir en los Libros Santos ciertos procedimientos literarios inconciliables con la absoluta y perfecta veracidad de la palabra divina, y profesando sobre el origen de la Biblia una opinión que tiende nada menos que a quebrantar su autoridad y hasta la reduce a la nada.

15. **Opinión que niega la integridad material del texto sagrado. Disminuyendo la fe humana en los evangelistas se destruye la divina.** ¿Qué pensar ahora de los que, en la explicación de los Evangelios atacan su autoridad, así humana como divina, disminuyendo aquélla y destruyendo ésta? De los discursos y acciones de Nuestro Señor JESUCRISTO, nada, según ellos, ha llegado hasta nosotros en su integridad y sin alteración, a pesar del testimonio de los que han consignado con religioso cuidado lo que habían visto y oído; no ven allí —sobre todo en lo que se refiere al cuarto Evangelio— sino una compilación que comporta, por una parte, adiciones considerables debidas a la imaginación de los Evangelistas, y por otra, una narración hecha por otros de otra época; finalmente estas corrientes que manaron de una doble fuente, de tal manera han unido sus aguas en un mismo lecho, que se carece en absoluto de todo criterio cierto por el cual se las pueda distinguir.

No es así como los Santos JERÓNIMO, AGUSTÍN y demás doctores de la Iglesia han comprendido el valor histórico de los Evangelios, acerca del cual *"el que vio es quien lo ha atestiguado y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis"*[46]. Por eso después de haber 398
reprochado a los herejes, autores de evangelios apócrifos, de haberse propuesto más bien ordenar la narración que establecer la verdad histórica[47], SAN JERÓNIMO agrega en cambio, al hablar de los libros canónicos: *"Nadie tiene el derecho de poner en duda la realidad de lo que está escrito"*[48]. Aquí también estaba una vez más de acuerdo con SAN AGUSTÍN, el cual decía de los Evangelios: *"Estas cosas verdaderas fueron escritas de él* (de Jesús), *con toda fidelidad y verdad a fin de que cualquiera que crea en su Evangelio, se alimente de verdad en vez de ser juguete de mentiras"*[49].

5) Exhortación al respeto aboluto de la Biblia que San Jerónimo aprendió de Cristo.

16. **Vehemente exhortación del Pontífice a vivir de la Escritura.** Veis entonces, Venerables Hermanos, con qué ardor debéis aconsejar a los hijos de la Iglesia huir, con el mismo cuidado escrupuloso que los Padres, de esta loca libertad de opinión. Nuestras exhortaciones serán seguidas en la medida en que habréis convencido a los clérigos y a los fieles, confiados por el Espíritu Santo a vuestra guarda, de esta idea: SAN JERÓNIMO y demás Padres de la Iglesia no bebieron esta doctrina sobre los Santos Libros en ninguna otra parte que no sea la escuela del Divino Maestro JESUCRISTO. ¿Leemos acaso que Nuestro Señor haya tenido otro concepto de la Escritura? Las fórmulas *"Está escrito"* y *"Es necesario que la Escritura se*

(46) Juan 19, 35.
(47) In. Matth. Prol. (Migne, P.L. 26, 17, A).
(48) Ep. 78, 1, 1; Cf. in Marc. 1, 13-31 (Migne, P.L. 22, 698).
(49) *S. Aug.*, Contra Faustum 26, 8 (Migne, PL. 42, 484).

cumpla" son en sus labios un argumento sin réplica y que debe cerrar toda controversia.

El respeto de Cristo por la palabra de Dios. Pero insistiremos, tratando con más amplitud esta cuestión. ¿Quién no sabe, o no recuerda, que, en sus discursos al pueblo, ya sea sobre la montaña vecina al lago de Genesaret, ya sea en la Sinagoga de Nazaret, y en su ciudad de Cafarnaúm, el Señor Jesús extraía del texto sagrado los puntos principales y las pruebas de su doctrina? ¿Acaso no sacaba de allí armas invencibles para sus discusiones con los fariseos y los saduceos? Ora enseñe, ora discuta, cita textos y comparaciones extraídas de todas las partes de la Escritura y los cita como autoridades a las cuales necesariamente hay que prestar fe. Así es, por ejemplo, como se refiere indistintamente a JONÁS y a los habitantes de Nínive; a la reina de SABA y a SALOMÓN; a ELÍAS y a ELISEO; a DAVID, a NOÉ, a LOT, a los habitantes de
399 Sodoma y hasta la mujer de LOT(50). ¿Qué testimonio hay de la verdad de los Santos Libros más precioso que esta solemne declaración?: "*No pasará una sola jota o un solo ápice de la Ley, sin que todo se haya cumplido*"(51), y esta otra: "*La Escritura no puede ser aniquilada*"(52). Y también: "*El que violare uno de estos mandamientos mínimos, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por mínimo en el reino de los cielos*"(53). Antes de reunirse con su Padre en el Cielo quiso impregnar de esta doctrina a los Apóstoles a quienes iba pronto a dejar aquí abajo; por eso "*les abrió el entendimiento para hacerles comprender las Escrituras y les dijo: Así estaba escrito y así era necesario que el Cristo padeciese y que resucitase de entre los muertos al tercer día*"(54).

La doctrina de SAN JERÓNIMO sobre la excelencia y la verdad de la Escritura es, pues, en una palabra, la del mismo Cristo. Así también, Nos invitamos del modo más apremiante a todos los hijos de la Sagrada Escritura, a seguir sin desfallecer la vía trazada por el Doctor dálmata. Sin duda alguna, conseguirán tener de este modo la misma profunda estima de las Escrituras que él les profesaba, y la posesión de este tesoro les procurará goces exquisitos.

III. EJEMPLO DE S. JERÓNIMO

1) *Su ejemplar amor y conocimiento de la Escritura*

17. **Debemos amar las Sagradas Escrituras.** Al tomar al gran Doctor como guía y maestro, no sólo se conseguirán las ventajas que Nos hemos ya señalado, sino muchas más todavía y de mucha consideración. Nos tenemos empeño, Venerables Hermanos, en recordarlas en breves palabras.

Señalaremos primero, puesto que se presenta ante todo a Nuestro espíritu, ese amor apasionado de la Biblia de que dan testimonio en SAN JERÓNIMO todos los rasgos de su vida y sus palabras del todo impregnadas del Espíritu de Dios, amor que se esforzó en encender cada día más, en las almas de los fieles: "*Ama la Sagrada Escritura,* parece decirles a todos al dirigirse a la virgen DEMETRIA, *y la Sabiduría te amará; hónrala y recibirás sus caricias. Que ella sea para ti como tus collares y tus aros*"(55).

2) *Su monumental obra, la Vulgata y sus cartas los atestiguan.*

Su conocimiento escriturístico. La 400
lectura asidua de la Escritura, el estudio profundizado y muy atento de cada libro, más aún de cada proposición y de cada palabra, le permitieron familiarizarse con el sagrado texto más que ningún otro escritor de la antigüedad eclesiástica. Si según el parecer de todos los críticos imparciales, la versión de la Vulgata elaborada por nuestro Doctor deja muy atrás a las demás versiones antiguas, porque se estima que reproduce el original con mayor exactitud y elegancia, esto se debe a aquel conocimiento de la Biblia unido a un

(50) Cf. Mat. 12, 3, 39-42, Luc. 17, 26-29, 32 etc.
(51) Mat. 5, 18.
(52) Juan 10, 35.
(53) Mat. 5, 19.
(54) Luc. 24, 45.
(55) Ep. 130, 20 (Migne, P.L. 22, col. 1124).

espíritu muy agudo. Esta Vulgata, que una decisión del CONCILIO TRIDENTINO manda considerar como auténtica y seguir en la enseñanza y la liturgia, "*como estando consagrada por el largo uso que ha hecho de ella la Iglesia durante tantos siglos*", es Nuestro vivo deseo siempre que la gran bondad de Dios Nos dé vida, verla corregida y devuelta a su pureza primitiva, al tenor del texto auténtico de los manuscritos, labor ardua y de largo aliento, felizmente confiada a los Benedictinos por Nuestro Predecesor Pío X, de feliz memoria, y que suministrará, Nos estamos completamente seguros, nuevos recursos para la inteligencia de las Escrituras.

Sus cartas rezuman amor y conocimiento bíblico. Ese amor de SAN JERÓNIMO por la Escritura se revela muy particularmente en sus cartas, a tal punto que éstas semejan un tejido de citas de la Sagrada Escritura. Así como SAN BERNARDO encontraba insípida la página que no contuviera el dulcísimo nombre de JESÚS, nuestro Doctor no saboreaba ningún escrito donde no resplandeciesen luces de las Escrituras. Así podía escribir con toda sencillez, en una carta a SAN PAULINO, en otro tiempo brillante senador y cónsul, recientemente convertido a la fe de Cristo: "*Si tuvieseis ese fundamento, (me refiero a la ciencia de las Escrituras) vuestros trabajos, lejos de perder, ganarían un cierto perfeccionamiento y no cederían el paso a ningún otro por la elegancia, por la ciencia y por la pureza de la forma... Unid a esa docta elocuencia el gusto o inteligencia de las Escrituras y os veré muy pronto colocado en el primer lugar de nuestros escritores*"[56].

3) Su manera de aprovechar la Biblia

a) Renunciamiento al mundo y humildad

18. **Cómo descubrir los tesoros de la Escritura.** Pero ¿qué camino y qué métodos seguir para buscar, con la agradable esperanza de descubrirlo, ese precioso tesoro que el Padre Celestial ha dado a sus hijos como consolación en su destierro? SAN JERÓNIMO mismo nos lo indica con su ejemplo. El nos 401
pide, ante todo, que aportemos al estudio de la Escritura una cuidadosa preparación y un corazón bien dispuesto. Contemplémoslo después de su bautismo: para remover los obstáculos exteriores, que podían apartarse de su piadoso designio, imitando al personaje del Evangelio que "*en su dicha*" de haber encontrado un tesoro, "*va, vende todo cuanto tiene y compra aquel campo*"[57], se despide de los placeres efímeros y frívolos de este mundo, se apasiona por la soledad y abraza una vida austera, con tanto más ardor, cuanto más cuenta se dio del peligro que había corrido hasta entonces su salvación en medio de las seducciones del vicio.

19. **Humildad de espíritu.** Debía, además, después de haber apartado esos obstáculos, disponer su espíritu para adquirir la ciencia de JESUCRISTO y revestirse de Aquel que es "*manso y humilde de corazón*". Había experimentado, en efecto, las mismas repugnancias que AGUSTÍN confesaba haber él mismo probado, cuando emprendía el estudio de las Sagradas Letras. Después de haberse sumergido durante su juventud en la lectura de CICERÓN y demás autores profanos, AGUSTÍN quiso llevar su espíritu hacia la Sagrada Escritura: "*Me pareció*, escribe, *indigna de ser comparada a las bellezas ciceronianas. Mi entonación rumbosa tenía horror a su simplicidad y mi inteligencia no penetraba su médula: se la penetra tanto mejor cuanto más pequeño uno se hace, pero yo sentía repugnancia en hacerme pequeñuelo, y la hinchazón de mi suficiencia me agigantaba a mis propios ojos*"[58]. Como AGUSTÍN, JERÓNIMO gustaba a tal punto de la literatura profana, hasta en el fondo de su soledad, que la pobreza de estilo de las Escrituras le impedía aún reconocer en ellas a Cristo en su humildad. "*Así*, dice, *llevaba mi locura, hasta privarme de comer, por leer a Ci-*

(56) Ep. 58, 9, 9, 2 y 11, 2 (Migne, P.L. 22, 585).
(57) Mat. 13, 44.

(58) *S. Aug.* Conf. 3, 5; Cf. 9, 12 (Migne, PL. 32, 686; P.L. 32, 761 ss.).

cerón. Después de haber pasado muchas noches sin dormir y después de haber derramado lágrimas, que hacía brotar de mi corazón el recuerdo de mis faltas pasadas, tomaba a Plauto entre mis manos. Si llegaba a suceder que por una mudanza de ánimo emprendiese la lectura de los profetas, su estilo exótico me sublevaba y cuando mis ojos enceguecidos permanecían cerrados a la luz, acusaba yo, no a mis ojos, sino al sol"[59]. Muy pronto, sin embargo, tanto se enamoró de la locura de la cruz, que ha quedado como prueba viviente de la capacidad que posee un espíritu humilde y piadoso para la inteligencia de la Biblia.

b) Invocación de la luz y ayuda del Espíritu Santo

402 20. **Clima de oración.** Y así, persuadido de que *"en la explicación de las Sagradas Escrituras, tenemos siempre necesidad del auxilio del Espíritu Santo"*[60] y que para la lectura y la interpretación de los Santos Libros hay que atenerse al sentido que el Espíritu Santo se proponía al tiempo de escribirse[61], JERÓNIMO invoca con sus súplicas, fortalecidas por las oraciones de sus amigos, el socorro de Dios y las luces del Espíritu Santo. Se cuenta también que al comenzar sus Comentarios de los Libros Santos se encomendaba a la gracia de Dios y a las oraciones de sus hermanos, a quienes atribuía el buen éxito, cuando los había terminado.

c) Estudio de los Padres y acatamiento del criterio de la Iglesia

21. **Respeto a la doctrina de los Padres.** Así como se sujeta a la gracia divina, se entrega del todo a la autoridad de los mayores, y tanto que puede afirmar haber aprendido *"todo lo que sabe, no por sí mismo, es decir en la escuela de aquel tristísimo maestro que es el orgullo, sino junto a los ilustres doctores de la Iglesia"*[62]. En efecto, declara que *jamás confió en sus propias fuerzas en materia de Sagradas Escrituras*[63] y he aquí como, en una carta a TEÓFILO DE ALEJANDRÍA, formulaba la ley según la cual había ordenado su vida, y sus santos trabajos: *"Sabe, con todo, le dice, que nada hay que más nos importe que salvaguardar los derechos del cristianismo, no cambiar nada del lenguaje de los Padres y no perder jamás de vista esta fe romana, cuyo elogio hizo el Apóstol"*[64].

22. **Autoridad Suprema de la Cátedra de Pedro.** Con toda su alma se entrega y somete JERÓNIMO a la Iglesia, maestra soberana en la persona de los Romanos Pontífices. Y así desde el desierto de Siria, donde es el blanco de los ataques de las facciones heréticas, queriendo poner en mano de la Sede Apostólica la solución de la controversia de los Orientales sobre el misterio de la Santísima Trinidad, escribe al Papa DÁMASO: *"Me ha parecido conveniente consultar a la Cátedra de Pedro, así como a la fe glorificada por el Apóstol, pidiendo hoy el alimento de mi alma allí mismo donde, en otro tiempo, recibí la librea de Cristo.*

"No queriendo otro guía que Cristo, me mantengo en estrecha comunión con Vuestra Beatitud, es decir, con la Cátedra de Pedro. Yo sé que sobre esta piedra está edificada la Iglesia. Dad Vuestra sentencia os lo suplico: Si así lo decidís, yo no titubearé en admitir hasta tres hipóstasis; si lo ordenáis, aceptaré que una fe nueva reemplace la de Nicea y que nosotros, los ortodoxos nos sir- 403
vamos de las mismas fórmulas que los arrianos"[65]. Por último, en carta siguiente, renueva esta notable confesión de su fe. *"Entre tanto grito a quienquiera oírme: estoy unido a quienquiera que lo esté a la Cátedra de Pedro"*[66]. Perseverantemente fiel, en el estudio de la Escritura, a esta regla de fe, invoca este único argumento para refutar una falsa interpretación del texto sagrado: *"Pero es que la Iglesia de Dios, no admite esta opinión"*[67]; y ved aquí las

(59) Ep. 22, 30, 2 (Migne, P.L. 22, col. 416).
(60) In Mich. 1, 10, 15 (Migne, P.L. 25, 1159).
(61) In Gal. 5, 19 (Migne, P.L. 26, 417).
(62) Ep. 108, 26, 2 (Migne, 22. 902).
(63) Ad Domnionem et Rogat. in lib. Paralip. Prefacio (Migne PL. 29, col. 423-A).
(64) Ep. 63, 2 (Migne, 22, 607).
(65) Ep. 15, 1, 2 y [2 y 4] (Migne, P.L. 22, 355-357).
(66) Ep. 16, 2, 2 (Migne, P.L. 22, 359).
(67) In. Dan. 3, 37 (Migne, P.L. 25, 510).

únicas palabras, por las cuales rechaza un libro apócrifo, que había invocado contra él el hereje VIGILANCIO: *"Ese libro, no lo he leído jamás. ¿Qué necesidad tenemos de recurrir a aquello que la Iglesia no reconoce?"*[68].

d) Refutación de los adversarios

Un celo tan ardiente para salvaguardar la integridad de la fe lo envolvía en polémicas muy vehementes contra los hijos rebeldes de la Iglesia, que consideraba como sus enemigos personales: *"Me bastará contestar que jamás he dado tregua a los herejes y que he puesto todo mi celo en hacer de los enemigos de la Iglesia mis enemigos personales"*[69]. Y en una carta a RUFINO escribe: *"Hay un punto, sobre el cual, no podré estar de acuerdo contigo: transigir con los herejes, no mostrarme católico*[70]. Sin embargo, contristado por la defección de éstos, les suplicaba que volviesen al regazo de su afligida Madre, única fuente de salvación[71], y en favor de aquellos *"que habían salido de la Iglesia abandonando la doctrina del Espíritu Santo, por seguir su propio parecer"*, pedía para ellos la gracia de su vuelta a Dios con todo el fervor de su alma[72].

e) Exhortación a seguir su ejemplo

23. **Necesidad del estudio de la Escritura en nuestros días.** Venerables Hermanos, si fue siempre necesario que todos los clérigos y que todos los fieles se impregnasen del espíritu del gran Doctor, nunca ha sido más necesario que en nuestra época, en que numerosos espíritus se levantan con orgullosa terquedad contra la soberana autoridad de la revelación divina y del magisterio de la Iglesia. Sabéis, en efecto, y LEÓN XIII[73] ya nos lo advertía, *"qué hombres son los que se encarnizan en esta lucha, y a qué artificios y a qué armas recurren"*. Un deber urgente os impone
404 suscitar para esta sagrada causa defensores los más numerosos y más competentes que sea posible conseguir, a quienes les será necesario combatir, no sólo contra los que negando todo orden sobrenatural, no reconocen ni revelación ni inspiración divina, sino también medirse con aquellos que sedientos de novedades profanas, osan interpretar las Sagradas Escrituras como un libro puramente humano, rechazan las opiniones recibidas de la Iglesia desde la más remota antigüedad, o llevan el desprecio de su magisterio hasta desdeñar, sepultar en el silencio, acomodar a su propio sentir, desnaturalizándolos, ya sea con hipocresía, ya sea con cinismo, las Constituciones de la Sede Apostólica y los decretos de la Comisión Pontificia para los estudios bíblicos. ¡Ojalá pudiésemos ver a todos los católicos seguir la regla de oro del Santo Doctor, y que dóciles a las órdenes de su Madre, tengan la modestia de no sobrepasar los límites tradicionales fijados por los Padres y aprobados por la Iglesia! Pero volvamos a nuestro asunto.

4) Las recomendaciones del Papa

a) Lectura bíblica diaria de los fieles y sus frutos. Recomendación de la Pía Sociedad de San Jerónimo

24. **La lectura cotidiana de la Biblia.** Una vez armados los espíritus de piedad y de humildad, JERÓNIMO los convida al estudio de la Biblia. Y antes que nada, recomienda incansablemente a todos la lectura cotidiana de la palabra divina. *"Libremos, nuestro cuerpo del pecado y se abrirá nuestra alma a la sabiduría; cultivemos nuestra inteligencia mediante la lectura de los Libros Santos: que nuestra alma encuentre allí su alimento de cada día"*[74].

25. **No se excluyen las mujeres de esta obligación común.** En su comentario de la Epístola a los EFESIOS, escribe: *"Debemos, pues, con el mayor ardor*

(68) Adv. Vigil. 6 (Migne, P.L. 23, 345).
(69) Dial. Pelag. Prol. 2 (Migne, P.L. 23, 297).
(70) Contra Ruf. 3, 43 (Migne, P.L. 23, 489).
(71) In Mich. 1, 10 (Migne, P.L. 25, 1162 s.).
(72) In Is. 1, 6, c. 16, 1-5 (Migne, P.L. 24, 235).
(73) *Providentissimus Deus*, 18-XI-1893: en esta Colección: Encíclica nº 66, 17 pág. 494; véase también 66, 36 pág. 500 y 66, 47 pág. 504.
(74) In Tit. 3, 9 (Migne, P.L. 26, 594).

leer las Escrituras y meditar día y noche la ley del Señor; así podremos distinguir, como ejercitados cambistas, las monedas buenas de las falsas"(75). No excluye por lo demás de esta obligación común ni siquiera a las mujeres casadas o solteras. A la matrona romana LETA le da sobre la educación de su hija, entre otros consejos el siguiente: *"Cercioraos de que estudie cada día algún pasaje de las Escrituras... que en vez de las alhajas y sederías se aficione a los Libros divinos... Tendrá que aprender antes el Salterio, distraerse con sus cantos, y extraer de los Proverbios de Salomón una regla de vida. El Eclesiastés le enseñará a hollar los bienes del mundo; Job le brindará un modelo de fortaleza y de paciencia. Pasará en seguida a los Evangelios, que deberá tener siempre entre las manos. Asimilará ávidamente los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas. Después de haber recogido esos tesoros en el místico cofre de su alma, estudiará a los profetas, el*
405 *Heptateuco, los libros de los Reyes y de los Paralipómenos, para terminar comprendiendo el Cantar de los Cantares"*(76). Da las mismas directivas a la virginal EUSTOQUIA: *"Sé muy asidua en la lectura y estudia lo más posible. Que el sueño te encuentre con el libro en la mano, y que sobre la página sagrada caiga tu cabeza agobiada por el cansancio"*(77).

En el elogio fúnebre que envió a EUSTOQUIA, de su madre PAULA, alababa también a esta gran santa por haber llevado con su hija tan adelante el estudio de las Escrituras, que las conocía a fondo y las sabía de memoria. Añadía además: *"Destacaré este detalle, que parecerá tal vez increíble en una doncella: quiso aprender el hebreo, que yo mismo estudiaba en parte desde mi juventud al precio de hartas fatigas y sudores, y que continuó aún profundizando con incesante labor para no olvidarlo; llegó a poseerlo tan bien que cantaba los salmos en hebreo y hablaba dicha lengua, sin ningún acento latino. Este hecho se reproduce hoy en su santa hija Eustoquia"*(78). Y se cuida de no olvidar tampoco a SANTA MARCELA, muy versada igualmente en la ciencia de las Escrituras(79).

26. **Frutos de la lectura.** ¿Quién no ve las ventajas y goces que reserva a los espíritus bien dispuestos la lectura piadosa de los Libros Santos?

Apenas toméis contacto con la Biblia animados de sentimientos de piedad, de fe sólida, de humildad y por el deseo de perfeccionaros, encontraréis y podréis gustar el pan bajado del cielo, y en vosotros se verificará la palabra de DAVID: *"Los secretos y los misterios de tu sabiduría, me los has revelado"*(80); en esta mesa de la divina palabra se halla en efecto verdaderamente *"la doctrina santa que enseña la verdadera fe"*, *"levanta el velo (del santuario) y conduce con seguridad hasta el Santo de los Santos"*(81).

En cuanto a Nos, Venerables Hermanos, a ejemplo de SAN JERÓNIMO, jamás cesaremos de exhortar a todos los cristianos a que hagan su lectura cotidiana de la Biblia, principalmente en los Santísimos Evangelios de Nuestro Señor, así como en los Hechos de los Apóstoles
y las Epístolas, esforzándos en hacer- 406
los savia de su espíritu y sangre de sus venas.

27. **Un sitio para el Evangelio en cada hogar.** Con ocasión de este centenario, se presenta también a Nuestro pensamiento, el grato recuerdo de la Sociedad de SAN JERÓNIMO, recuerdo tanto más querido cuanto que Nos mismo hemos tomado parte en los primeros pasos y en la organización definitiva de esta obra; felices de haber podido comprobar sus pasados progresos, Nos complacemos en augurarlos aún mayores para lo porvenir. Vosotros conocéis, Venerables Hermanos, el objeto de esta Sociedad: extender la difusión de los cuatro Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles, de manera que esos Libros tengan en lo sucesivo un

(75) In Eph. 4, 31 (Migne, P.L. 26, 517).
(76) Epist. 107, 9 y 12 (Migne, P.L. 22, 874-876).
(77) Ep. 22, 17; Cf. Ep. 29, 2 (Migne, P.L. 22, 404).
(78) Ep. 108, 26 (Migne, P.L. 22, 902).
(79) Ep. 127, 7 (Migne, P.L. 22, 1091).
(80) Ps. 50, 8.
(81) Imit. Chr. lbr. 4, 11, 4.

sitio en toda familia cristiana y que cada uno tome por costumbre leerlos y meditarlos cada día.

Esta obra que Nos amamos mucho por haber verificado su utilidad, deseamos vivamente verla propagarse y desarrollarse por todas partes mediante la constitución, en cada una de Nuestras diócesis, de Sociedades del mismo nombre y del mismo propósito, unidas al centro de Roma.

28. **Hay que multiplicar las ediciones.** En igual orden de ideas, los más preciosos servicios se prestan a la causa católica por aquellos que, en diversos países, han puesto y ponen aún lo mejor de su celo, en editar, en formato cómodo y atrayente, y difundir todos los Libros del Nuevo Testamento y los que han podido del Antiguo Testamento. Este apostolado ha sido por cierto singularmente fecundo para la Iglesia de Dios, puesto que así, un gran número de almas se acercan desde entonces a *"esta mesa de la doctrina celestial que Nuestro Señor ha hecho poner para el orbe cristiano, por medio de sus profetas, apóstoles y doctores"*[82].

b) Estudio bíblico de los sacerdotes

29. **La ciencia bíblica es indispensable al sacerdote.** Pero ese deber, que JERÓNIMO inculca a todos los fieles, de estudiar el texto sagrado, lo impone muy particularmente a aquellos que *"han tomado sobre sí el yugo de Cristo"*[83] y cuya vocación celestial es predicar la palabra de Dios.

He aquí la exhortación que, en la persona del monje RUSTICUS, dirige a todos los clérigos: *"Mientras estés en tu patria, haz de tu celda un paraíso, come los frutos variados de las Escrituras; pon tus delicias en estos Santos Libros y goza de su intimidad... Ten siempre la Biblia en tus manos y bajo tus ojos; aprende, palabra por palabra el Salterio, que tu oración sea incesante, tu corazón vigile constantemente y permanezca cerrado a los pensamientos vanos"*[84].

Al sacerdote NEPOCIANO le da esta norma: *"Relee con frecuencia las divinas Escrituras, más aún, que el Santo Libro no se aparte jamás de tus manos. Aprende allí lo que luego has de ense-* 407
ñar. Permanece firmemente adherido a la doctrina tradicional que te ha sido enseñada, a fin de estar en condiciones de exhortar según la santa doctrina y de refutar a aquellos que la contradicen"[85].

Después de haber recordado a SAN PAULINO los preceptos dados por SAN PABLO a sus discípulos TIMOTEO y TITO sobre la ciencia de las Escrituras, agrega: *"La santidad sin la ciencia de las Escrituras no aprovecha a nadie porque, si bien podría edificar a la Iglesia de Cristo por el espectáculo de una vida virtuosa, la perjudica en realidad, porque no es capaz de rechazar el ataque de sus contradictores"*.

El Profeta MALAQUÍAS, o mejor dicho, el mismo Señor decía por boca de MALAQUÍAS: *"Ve a consultar a los sacerdotes sobre la Ley"*[86]. Es, pues, deber del sacerdote informar sobre la Ley, a los que le interrogan. Leemos además en el Deuteronomio: *"Pregúntaselo a tu padre y él te lo indicará; a tus sacerdotes, y ellos te lo dirán"*[87]. Al final de su santísima visión dice DANIEL que *los justos brillan como las estrellas, y que los inteligentes,* es decir los justos que *poseen las Escrituras, como el firmamento*[88]. *"¿Ves tú qué distancia separa la santidad sin la ciencia, de la ciencia unida a la santidad? La primera nos hace semejantes a las estrellas, y la segunda al mismo cielo"*[89].

Virtud y ciencia bíblica en los clérigos. En otra ocasión, en una carta a MARCELA, trata irónicamente de *"la virtud sin ciencia"* de algunos clérigos: *"Esta ignorancia, según ellos, les sirve de santidad, y se declaran discípulos de los pescadores del lago, como si la san-*

(82) Imit. Chr. libr. 4, 11, 4.
(83) Cf. Mat. 11, 30.
(84) Ep. 125, 7, 3; 11, 1 (Migne, P.L. 22, 1076 y 1078).
(85) Ep. 52, 7, 1 (Migne, P.L. 22, 233) véase Tito 1, 9.
(86) Malaq. 2, 7 (así es la cita de S. Jerónimo; en realidad es Ageo 2, 11).
(87) Deut. 32, 7.
(88) Dan. 12, 3.
(89) Ep. 53, 3 (Migne, P.L. 22, 542).

tidad de éstos hubiese consistido en no saber nada"[90].

Pero no son únicamente éstos los ignorantes, observa SAN JERÓNIMO, los que cometen la falta de no conocer las Escrituras, sino que es también el caso de algunos clérigos instruidos; y emplea el santo los términos más severos para urgir a los sacerdotes a tomar contacto asiduo con los Libros Santos. Debéis tratar con gran celo, Vbles. Hermanos, de grabar cada vez más profundamente las enseñanzas del Santo exégeta, en el espíritu de vuestros clérigos y de vuestros sacerdotes. Uno de vuestros primeros deberes, ¿no es acaso llamarles cuidadosamente la atención sobre lo que exige de ellos la misión divina, que se les ha confiado, si no quieren mostrarse indignos de ella? *"Porque los labios del sacerdote serán los guardianes de la ciencia y es a su boca a quien se pedirá la enseñanza, porque es el ángel del Señor de los ejércitos"*[91]. Que sepan, pues, que no deben descuidar el estudio de las Escrituras, ni entregarse a él con un espíritu distinto de aquel que LEÓN XIII expresamente impuso en su *Carta*
408 *Encíclica "Providentissimus Deus"*[92].

30. El Pontificio Instituto Bíblico. Obtendrán ciertamente los más hermosos resultados si frecuentan el Instituto Bíblico que fundó Nuestro antecesor inmediato, en cumplimiento del voto de LEÓN XIII, para el mayor bien de la Iglesia, como lo prueba elocuentemente la experiencia de los diez últimos años. La mayor parte no tienen la posibilidad de hacerlo, por lo cual es de desear, Venerables Hermanos, que a instigación vuestra y bajo vuestros auspicios, vengan a Roma miembros escogidos de uno y de otro clero del mundo entero para entregarse a los estudios bíblicos en Nuestro Instituto. Los estudiantes que correspondan a este llamamiento tendrán muchos motivos para seguir las lecciones de este alto establecimiento. Unos (y ved aquí el fin principal del Instituto) profundizarán las ciencias bíblicas con el objeto *"de ponerse en condiciones de enseñarlas a su vez, en particular o en público, por la pluma o por la palabra, y defender el honor de dichas ciencias, ya sea como profesores, en las escuelas católicas, ya sea como escritores, campeones de la verdad católica"*[93]; otros, ya consagrados al sagrado ministerio, podrán acrecentar los conocimientos que adquirieron durante sus estudios teológicos en cuanto se refiere a Sagrada Escritura, autoridades exegéticas, cronología y topografía bíblicas. Este complemento de sus estudios tendrá la principal ventaja de hacer de ellos ministros perfectos de la palabra divina y prepararlos para todas las formas del bien[94].

c) Modo de hacer y fin a que tiende el estudio bíblico

Venerables Hermanos, el ejemplo y las autorizadas declaraciones de SAN JERÓNIMO nos han indicado las virtudes necesarias para leer y estudiar la Biblia. Oigámosle ahora decir hacia dónde debe tender el conocimiento de las Sagradas Letras y cuál debe ser el objetivo de este estudio.

31. La Biblia es ante todo alimento de la vida espiritual propia. Lo que se ha de buscar ante todo en la Escritura es el alimento que sustentará nuestra vida espiritual, y la hará adelantar en la vía de la perfección. Con ese fin SAN JERÓNIMO se acostumbró a meditar día y noche la ley del Señor, y a alimentarse en las Sagradas Escrituras del pan descendido del cielo y del maná celestial que encierra en sí todas las delicias[95]. ¿Cómo podría nuestra alma prescindir de ese alimento? ¿Y cómo es posible que el sacerdote señale a los demás el camino de la salvación si él mismo descuida de instruirse por la
meditación de la Escritura? ¿Y con qué 409
derecho podría jactarse de ser en el ministerio sagrado *"el guía de los ciegos, la luz de aquellos que andan en tinieblas, el doctor de los ignorantes, el maestro de los niños que halla en la ley*

(90) Ep. 27, 1, 2 (Migne, P.L. 22, 431).
(91) Mal. 2, 7.
(92) Cf. ASS. 26 (1893-94) 269-292); en esta colección: Enc. 66, 3 ss. pág. 481 y 66, 52 pág. 506.
(93) Pius X, Carta Apost. *Vinea Electa*, 7-V-1909. AAS 1 (1909) 448; en esta Colecc. (en nota) pág. 1628.
(94) Véase II Tim. 3, 17.
(95) Tract. Ps. 147 (Migne, P.L. 26, 1258 s.: 1260, D; 1261, D; 1275, B).

la regla de la ciencia y de la verdad[96] si se niega a escudriñar esta ciencia de la ley y cierra la entrada de su alma a la luz de lo alto? ¡Ah! cuántos ministros sagrados, por haber descuidado la lectura de la Biblia, perecen ellos mismos de hambre y dejan perecer un grandísimo número de almas, según lo que está escrito: *"los niños piden pan y no hay quien se lo dé"*[97]*; y "Está desolada horrorosamente toda la tierra, porque no hay quien medite en su corazón"*[98a].

Proporciona argumentos para ilustrar la fe. En segundo lugar, es menester, según las necesidades, extraer de las Escrituras los argumentos que han de iluminar, confirmar y defender, los dogmas de la fe. Es lo que hizo maravillosamente SAN JERÓNIMO en sus combates contra los herejes de su tiempo. ¡Qué armas más afiladas y sólidas encontraba en los textos de la Escritura, cuando quería confundir a esos adversarios! Sus obras todas lo atestiguan claramente. Si los exégetas de hoy imitasen su ejemplo, resultaría sin duda esta ventaja —*"resultado necesario y deseable en extremo"*, decía Nuestro antecesor en su *Carta Encíclica Providentissimus Deus*— que *"el aprovechamiento de la Escritura influiría sobre toda la ciencia teológica, siendo algo así como su alma"*[98b].

32. **La Biblia, substancia viva de la predicación.** Por último, la Escritura servirá principalmente para santificar y fecundar el ministerio de la divina palabra. Y aquí Nos es particularmente grato poder confirmar, por el testimonio del gran Doctor, las directivas que Nos mismo hemos dado sobre la predicación sagrada, en Nuestra *Carta Encíclica "Humani Generis"*[98c], y realmente si el ilustre comentarista aconseja tan vivamente y tan a menudo a los sacerdotes la lectura asidua de los Santos Libros, es sobre todo con el fin de que desempeñen dignamente su ministerio de enseñanza y de predicación. La palabra, en efecto, perdería toda influencia y toda autoridad como también toda eficacia para la formación de las almas, si no se inspirase en la Sagrada Escritura y no recibiese de ella su fuerza y su vigor. *"La lectura de los Libros Santos será como el condimento de la palabra del sacerdote"*[99]. *"Porque cada palabra de la Sagrada Escritura es como una trompeta que hace resonar en los* 410
oídos de los creyentes su voz poderosa y compulsiva"[100]; y *"nada es más impresionante que un ejemplo sacado de las Sagradas Escrituras"*[101].

Reglas para el uso: establecer el texto y significado de las palabras y luego el sentido de las sentencia. En cuanto a las enseñanzas del Santo Doctor acerca de las reglas que han de observarse, en el uso de la Biblia, y que se dirigen, en primer término, a los exégetas, los sacerdotes no deben perderlas de vista en la predicación de la divina palabra.

Nos advierte primero, que por medio de un examen muy atento de las mismas palabras de la Escritura, hemos de cerciorarnos sin ninguna duda posible, de lo que escribió el autor sagrado: Nadie ignora en efecto que JERÓNIMO acostumbraba en caso de necesidad, recurrir al texto original y comparar entre ellas las distintas interpretaciones, pesar el alcance de las palabras, y, si descubría un error, investigar su origen, de manera de alejar de la lectura toda vacilación. En seguida enseña nuestro Doctor, *"hay que buscar el sentido y la idea, que se esconden bajo las palabras, pues para discurrir sobre la Sagrada Escritura, importa menos la palabra que su sentido"*[102].

33. **Tomar en toda la revelación el sentido literal sin descuidar el espiritual.** En esta búsqueda del sentido, Nos lo reconocemos sin dificultad, SAN JERÓNIMO, a ejemplo de los doctores latinos y de algunos doctores griegos del período anterior, rindió al principio, un

(96) Rom. 2, 19.
(97) Lam. 4, 4.
(98a) Jerem. 12, 11.
(98b) Véase esta colección: Enc. 66, 32 pág. 499; ASS. 26 (1893-94) 283.
(98c) Benedicto XV *Humani Generis*, 15-VI-1917, AAS. 9 (1917) 305-317. En esta Colección: Encíclica 113, pág. 893-900.
(99) Ep. 52, 8, 1 (Migne, P.L. 22, 534).
(100) In Amos 3, 3 (Migne, P.L. 25, 1016).
(101) In Zach. 8, 15 (Migne, P.L. 25, 1488).
(102) Ep. 29, 1, 3 (Migne, P.L. 22, 436).

culto tal vez exagerado a las interpretaciones alegóricas. Pero su amor a los Libros Santos, sus esfuerzos perseverantes para identificarlos y penetrarlos a fondo, le permitieron hacer cada día un nuevo progreso en la justa apreciación del sentido literal y formular sobre este punto sólidos principios. Vamos a resumirlos, pues aun hoy día ellos constituyen la norma segura que todos deben seguir para desentrañar de los Libros Santos todo su sentido.

Ante todo debemos aplicar nuestro espíritu a descubrir el sentido literal e histórico: "*Doy siempre al lector prudente el consejo de no aceptar interpretaciones supersticiosas y que aíslan trozos del texto, siguiendo el capricho de la imaginación, sino examinar lo que precede, lo que acompaña y lo que sigue y establecer una unión para todo el pasaje en cuestión*"(103).

Todas las otras maneras de interpretar las Escrituras, agrega, están basadas
411 en el sentido literal(104); y no es el caso de creer que ese sentido falta cada vez que se encuentra una expresión figurada, pues *a menudo aun la misma historia está llena de metáforas y emplea un estilo figurado*"(105). Algunos pretenden que nuestro Doctor, declaró de ciertos pasajes de la Escritura, que no tenían sentido histórico. El les contesta de antemano: "*Sin negar el sentido histórico, preferimos adoptar el sentido espiritual*"(106).

Una vez establecido con certeza el sentido literal o histórico, SAN JERÓNIMO busca sentidos menos obvios y más profundos para alimentar su espíritu con un manjar más escogido. Pide, en efecto, a propósito del Libro de los Proverbios, y aconseja en varias ocasiones para otros libros de la Escritura, no atenerse tan sólo al sentido literal, "*sino cavar más hondo en busca del sentido divino, así como se busca el oro en el seno de la tierra, la nuez bajo la cáscara, el fruto que se esconde bajo la piel erizada de la castaña*"(107). Así también al indicar a SAN PAULINO "*el sendero que debe seguirse en el estudio de las sagradas Escrituras*", le decía: "*Aunque cada pasaje de los Divinos libros tenga una cáscara viva y cambiante su médula es más dulce aun. Quien quiere saborear la almendra, rompe la cáscara*"(108).

SAN JERÓNIMO hace observar, sin embargo, que si se trata de descubrir ese sentido oculto, conviene usar de cierta discreción, "*no sea que el deseo de las riquezas del sentido espiritual, nos haga aparecer desdeñando la pobreza del sentido histórico*"(109). Por eso es que reprocha a muchos interpretaciones místicas de autores antiguos de descuidar completamente apoyarse en el sentido literal: "*No es posible que tantas promesas como cantaron en el sentido literal los labios de los santos profetas, queden reducidas a no ser ya otra cosa que fórmulas vacías y términos materiales de una simple figura de retórica; ellas deben, al contrario, descansar en un terreno firme y sólo cuando queden establecidas sobre los cimientos de la historia podrán elevarse hasta la cumbre del sentido místico*"(110).

34. **Seguir el método de Cristo y de los Apóstoles.** Juiciosamente observa a este respecto que no hay que apartarse del método de Cristo y de los Apóstoles, pues bien que el Antiguo Testamento no haya sido para ellos sino como la preparación y la sombra de la Nueva
Alianza y bien que interpreten, por 412
consiguiente, en sentido figurado un gran número de sus pasajes, no por eso reducen a figuras todo el conjunto de las Antiguas Escrituras. En apoyo de su tesis, SAN JERÓNIMO, invoca frecuentemente el ejemplo del Apóstol SAN PABLO que, para citar un caso, "*al exponer las figuras místicas de Adán y Eva, no negaba que hubiesen sido creados, sino que colocando la interpretación mística sobre el cimiento de la historia,*

(103) In Mat. 25, 13 (Migne, P.L. 26, 193, B).
(104) Cf. in Ez. 38, 1; 41 23; 42, 13; in Marc. 1, 13-31. - Ep. 129, 6, 1, etc. (Migne, P.L. 25, 356 C y D; 404, B; 412, A; 30, 592-96; 22, 1105-06).
(105) In. Hab. 3, 14 (Migne, P.L. 25, 1328, C).
(106) In. Marc. 9, 1-7; Cf. in Ez. 40, 24-27 (Migne, P.L. 30, 614 (?); 25, 387, A).
(107) In Eccl. 12, 9 (Migne, P.L. 23, 1169, C).
(108) Ep. 58, 9, 1 (Migne, P.L. 22, 585).
(109) In. Eccl. 2, 24 (Migne, P.L. 23, 1085, C).
(110) In Amos 9, 6 (Migne, P.L. 25, 1090 A-B).

escribía: «Por eso es que el hombre dejará...»"[111a].

Los comentaristas de las Sagradas Letras y los predicadores de la palabra de Dios ganarán con seguir el ejemplo de Cristo y de los Apóstoles y con no descuidar según las directivas de LEÓN XIII, "*las transposiciones alegóricas u otras análogas que los Padres han hecho de ciertos pasajes, sobre todo si fluyen del sentido literal y están confirmadas por la autoridad de un gran número de Padres*"[111b]; por último al tomar por base el sentido literal ganarán con elevarse discreta y mesuradamente hasta interpretaciones más altas, percibirán con SAN JERÓNIMO la profunda verdad de la palabra del Apóstol: "*Toda Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para convencer, para corregir, para formar en la justicia*"[112], y así el tesoro inagotable de las Escrituras los proveerá con un gran caudal de hechos y de ideas, para orientar por este medio con unción y fortaleza hacia la santidad la vida y la conducta de los fieles.

35. **Grave peligro de caer en el "evangelio del hombre". Húyase de la fantasía y declamación vacía.** En cuanto al modo de exponer y de expresar, siendo la fidelidad lo que se busca en los dispensadores de los misterios de Dios, JERÓNIMO pone por principio que hay que atenerse ante todo a "*la exactitud de la interpretación*" y que "*el deber del comentarista es exponer, no ideas personales sino las del autor que comenta*"[113]; por lo demás "*el orador sagrado* —agrega—, *está expuesto cualquier día al grave peligro de convertir, por una interpretación defectuosa, el Evangelio de Cristo en el evangelio del hombre*"[114].

En segundo lugar "*en la explicación de las Sagradas Escrituras, no es el estilo rebuscado y adornado con flores de retórica lo que corresponde usar, sino el valor científico y la sencillez de la verdad*"[115]. Al conformarse a esta regla para la redacción de sus obras, declara en sus comentarios, que tenía por objeto no "*hacer aplaudir*" sus palabras, "*sino hacer comprender en su verdadero sentido las excelentes palabras de los demás*"[116]. La explicación de la divina palabra reclama, decía JERÓNIMO, lenguaje "*que no tenga sabor de afectación, sino que descubra la idea* 413
objetiva, desentrañe el sentido, alumbre los pasajes obscuros, y no sea entorpecido por la floración excesiva de los recursos dialécticos"[117].

Parece conveniente reproducir aquí algunos pasajes de SAN JERÓNIMO que muestran claramente el horror que le causaba la elocuencia propia de los retóricos, los cuales con la resonancia y emisión vertiginosa de palabras completamente huecas, sólo aspiran a conseguir vanos aplausos: "*No vayas a ser,* le aconseja al sacerdote Nepociano, *u declamador y un molino inagotable de palabras; familiarízate más bien con los sentidos ocultos de la Escritura y posee a fondo los misteros de tu Dios. Decir muchas palabras y hacerse apreciar por la volubilidad del lenguaje a los ojos del vulgo ignorante, es cosa de necios*"[118]. "*Los espíritus cultivados, con que se cuenta hoy día, no se preocupan para nada de asimilarse la médula de las Escrituras, sino de acariciar los oídos de la multitud con flores de retórica*"[119]. "*No quiero decir nada de aquellos que, como yo mismo en otro tiempo, no llegan a abordar el estudio de las Sagradas Escrituras, sino después de haber frecuentado la literatura profana y halagado el oído de la muchedumbre por su estilo florido, y que toman todas sus propias palabras por la ley de Dios sin dignarse averiguar lo que quisieron decir los profetas y los apóstoles, antes adaptan a su modo de ver testimonios que no le son conformes; como si fuese grande elocuencia,*

(111a) In Is. 6, 1-7 (Migne, P.L. 24, 91-97 [?]).
(111b) Véase en esta colec.: Enc. 66, 30, pág. 498.
(112) II Tim. 3, 16.
(113) Ep. 49 al. 48. 17, 7 (Migne, P.L. 22, 507).
(114) In Gal. 1, 11 (Migne, P.L. 26, 347, B).
(115) In Amos. Praef. in 1, 3 (Migne, P.L. 25, 994 [?]).
(116) In Gal. Praef. in 1, 3 (Migne, P.L. 26, 338 [?]).
(117) Ep. 36, 14, 2; Cf. Ep. 140, 1, 2 (Migne, P.L. 22, 459; 22, 1166).
(118) Ep. 52, 8, 1 (Migne, P.L. 22, 534).
(119) Dial. c. Lucif. 11 (Migne PL. 23, 174-C).

y no la peor de todas, falsificar los textos y atraer por la violencia la Escritura a servir a los fines que ellos persiguen"(120). *"Porque careciendo de la autoridad de las Escrituras, estos parleros perderían, todo poder de persuasión, ya que parecen apoyar en los sagrados textos la falsedad de su doctrina"*(121).

Ahora bien, esta elocuente palabrería y aquella locuaz ignorancia *"no tienen nada de incisivo, de vivaz ni de vital; no son más que un compuesto desnutrido, marchito e inconsistente, que únicamente produce humildes plantas y hierbas muy pronto secas y cascadas"*. En cambio, la doctrina del Evangelio, hecha al contrario de sencillez *"produce bastante más que humildes plantas"* y, así el imperceptible grano de mostaza *"se hace árbol, de suerte que las aves del cielo... vienen a cobijarse en sus ramas"*(122). 414

Por eso en todo buscaba JERÓNIMO esta santa sencillez del lenguaje que no excluye el brillo ni la belleza. *Que otros se aficionen a disertar con voz enfática torrentes de palabras; en cuanto a mí, me contento en hablar para hacerme comprender y, al tratar de las Escrituras, con imitar la sencillez de las mismas Escrituras"*(123). En efecto, *"sin renunciar a los atractivos del lenguaje, la exégesis católica, debe velarlos y evitarlos, a fin de alcanzar, no vanas escuelas de filósofos y un puñado de discípulos, sino todo el género humano"*(124). Si los sacerdotes jóvenes ponen en práctica estos consejos y estos preceptos; si los sacerdotes mayores no los olvidan, abrigamos la confianza de que su santo ministerio será muy provechoso para las almas de los fieles.

5) Frutos que recogió San Jerónimo del estudio bíblico

36. **El paraíso en la tierra. El consuelo de las Escrituras.** Nos queda aún por recordar, Venerables Hermanos, los *"dulces frutos"* que extrajo SAN JERÓNIMO de la *"amarga semilla de las Sagradas Letras"* con la esperanza de que su ejemplo inflamara a los sacerdotes y a los fieles confiados a vuestro cuidado en el deseo de conocer y de experimentar, ellos también, la saludable virtud del sagrado texto.

Esta superabundancia de exquisitas delicias espirituales que llenaban el alma del piadoso anacoreta, Nos preferimos que las aprendáis, por decirlo así, de su propia boca, más bien que por Nos mismo. Escuchad, pues, en qué términos habla de esta ciencia sagrada a PAULINO, su *"colega, compañero y amigo"*: *"Dime, pues, hermano muy querido: ¿no te parece acaso que vivir en medio de estos misterios, meditarlos, no querer saber o buscar otra cosa, no te parece que esto es ya el paraíso en la tierra?"*(125).

"Dime tú, pregunta a PAULA, su discípula, *¿acaso hay algo más santo que este misterio; algo más seductor que estos placeres? ¿Qué alimento, qué miel más dulce que conocer los designios de Dios, ser admitido en su santuario, penetrar el pensamiento del Creador y enseñar las palabras de tu Señor, de que hacen burla los sabios de este mundo y que rebosan, empero, de sabiduría espiritual? Dejemos a los demás gozar* 415
de su riqueza, beber en una copa exornada de piedras preciosas, engalanarse con sedas resplandecientes, saciarse con los aplausos de la muchedumbre, sin que la variedad de placeres consiga agotar sus tesoros: las delicias nuestras consistirán en meditar día y noche la ley del Señor, en golpear la puerta hasta que se abra, en recibir de la Trinidad la mística limosna de los panes, y en andar guiados por el Señor, sobre el oleaje del siglo"(126). Nuevamente a PAULA y a la hija de ésta, EUSTOQUIA, escribe en su comentario de la epístola a los Efesios: *"Si hay alguna cosa, oh Paula y Eustoquia, que pueda sujetarnos aquí abajo a la sabiduría y que en medio de las tribulaciones y torbellinos del mundo conserve el equilibrio de nuestra alma, yo creo que es ante todo*

(120) Ep. 53, 7, 2 (Migne, P.L. 22, 544).
(121) In Tit. 1, 10 (Migne, P.L. 26, 605-A).
(122) In Mat. 13, 32 (Migne, P.L. 26, 93-B).
(123) Ep. 36, 14, 2 (Migne, P.L. 22, 459).
(124) Ep. 48 al 49, 4, 3 (Migne, P.L. 22, 512).
(125) Ep. 53, 9 (Migne, P.L. 22, 549).
(126) Ep. 30, 13 (Migne, P.L. 22, 444).

la meditación y la ciencia de las Escrituras"[127].

Porque recurría a éstas le aconteció que, agobiado de íntimos y hondos pesares y herido en su cuerpo por la enfermedad, no dejaba de disfrutar de la paz y de la alegría del corazón: esta alegría, no se detenía a saborearla en una vana ociosidad, sino que este fruto de la caridad se transformaba en caridad activa al servicio de la Iglesia de Dios a quien el Señor tiene confiado el depósito de la palabra divina.

37. **La Biblia exalta a la Iglesia y realza el amor a ella.** Y, en efecto, cada página de las Sagradas Letras de ambos Testamentos le contaba las glorias de la Iglesia de Dios. Casi todas las mujeres célebres y virtuosas de que habla con honor el Antiguo Testamento, ¿no eran acaso figuras de esta Esposa mística de Cristo? El sacerdocio y los sacrificios, las costumbres y las solemnidades, la casi totalidad de los hechos narrados en el Antiguo Testamento, ¿no prefiguraban, por ventura, a la Iglesia?, ¿y no comprendía él que los vaticinios de tantos salmos y profetas se habían cumplido, por disposición divina, en la Iglesia? ¿No conocía, finalmente, los más insignes privilegios de esa misma Iglesia, anunciados por Cristo, Señor Nuestro y los Apóstoles? ¿Cómo, entonces, la ciencia de las Escrituras, no había de inflamar el corazón de JERÓNIMO en un amor cada día más ardiente para con la Esposa de Cristo?

Nos sabemos ya, Vbles. Hermanos, qué profundo respeto, qué amor tan entusiasta profesaba por la Iglesia Romana y la Cátedra de PEDRO. Sabemos con cuánto vigor combatió a los enemigos de la Iglesia. Al prodigar sus aplausos a su joven compañero de armas, AGUSTÍN, que sostenía los mismos combates, se congratulaba de haberse atraí-
416 do como él, el furor de los herejes y le escribe: *"¡Honor a ti por tu valor! El mundo entero tiene los ojos fijos en ti. Los católicos veneran y reconocen en ti al restaurador de la fe de los primeros días y, lo que es una señal más gloriosa todavía, todos los herejes te maldicen y me persiguen contigo con un odio igual, hasta llegar a matarnos por el deseo, en su impotencia para inmolarnos con la espada"*[128]. Este testimonio encuentra excelente confirmación en SULPICIO-SEVERO, por POSTUMIANO: *"Una lucha de todos los instantes y un duelo no interrumpido con los malos han concentrado sobre Jerónimo los odios de los perversos. En él los herejes odian al que no cesa de atacarlos; los clérigos al que les reprocha sus vidas y sus crímenes. Mas todos los hombres virtuosos, sin excepción lo aman y admiran"*[129].

Fortaleza en los infortunios y ultrajes. Este odio de los herejes y de los malos, hizo padecer a JERÓNIMO muchos sufrimientos, sobre todo cuando los Pelagianos se arrojaron sobre el monasterio de Belén y lo saquearon, pero soportó con igualdad de ánimo todos los malos tratamientos y los ultrajes y no se desalentó, pronto como estaba para morir por la defensa de la fe cristiana: *"Lo que causa mi alegría,* escribe a APRONIO, *es saber que mis hijos combaten por Cristo; que Aquel en quien creemos fortalece en nosotros este celo valeroso, a fin de que estemos prontos para derramar nuestra sangre por su fe... Las persecuciones de los herejes han arruinado del todo nuestro monasterio en cuanto a sus riquezas materiales, pero la bondad de Cristo lo colma de riquezas espirituales. Mas vale no tener pan que comer, antes que perder la fe"*[130].

Censor de las malas costumbres. Si jamás permitió al error extenderse impunemente, no puso menor celo en levantarse, en términos enérgicos, contra las malas costumbres, queriendo en la medida de sus fuerzas *"presentar"* a Cristo *"una Iglesia gloriosa, sin mancha, sin arruga, ni cosa semejante, sino santa e inmaculada*[131]. ¡Qué vigor en los reproches que dirige a los que pro-

(127) In Eph. Prol. (Migne, P.L. 22, 467, C).
(128) Ep. 141, 2; Cf. Ep. 134, 1 (Migne, P.L. 22, 1180; 1161).
(129) Postumianus Apud. Sulp. Sev. Dial. 1, 9. (Migne, P.L. 20, 189, D).
(130) Ep. 139 (Migne, P.L. 22, 1166).
(131) Efes. 5, 27.

fanaban por una vida culpable su dignidad sacerdotal! ¡Con qué elocuencia se alza contra las costumbres paganas que infestaban en gran parte la misma ciudad de Roma! Para contener por todos los medios aquel desbordamiento de todos los vicios y de todos los críme-
417 nes, les opone la excelencia y belleza de las virtudes cristianas, convencido justamente de que no existe más poderoso preservativo contra el mal que el amor de las cosas más puras. Con instancia reclama para la juventud una educación piadosa y honesta, induce con graves consejos a los esposos a llevar una vida pura y santa, insinúa en las almas más delicadas el culto de la virginidad, no encuentra suficientes elogios para la austera pero deliciosa violencia de la vida interior, recuerda con todas sus fuerzas el primer precepto de la religión cristiana —el precepto de la caridad unida al trabajo—, cuya observancia debía arrancar la sociedad humana a los trastornos y devolverle la tranquilidad del orden.

Caridad; trabajo. Recordemos esta hermosa palabra que le decía a SAN PAULINO a propósito de la caridad: *El verdadero templo de Cristo, es el alma del fiel: adorna este santuario, engalánalo, deposita en él tus ofrendas y recibe en él a Cristo. ¿De qué sirve recubrir los muros con piedras preciosas, si Cristo se muere de hambre en la persona del pobre?*(132). En cuanto a la ley del trabajo, la recordaba a todos con tal ardor, por medio de sus escritos y mejor aun por los ejemplos de toda su vida, que POSTUMIANO, después de haber permanecido seis meses junto a JERÓNIMO en Belén, le rindió este testimonio en SULPICIO-SEVERO: *"Siempre se le encuentra dedicado a la lectura, enteramente sumergido en los libros; ni de día ni de noche toma descanso; constantemente lee o escribe"*(133).

Ama a la Iglesia como Esposa de Cristo. Por otra parte, su ardiente amor por la Iglesia se exhala de sus comentarios, donde no pierde ocasión de celebrar a la Esposa de Cristo. Citemos, entre otros, este pasaje del comentario del Profeta AGEO: *"Se vio acudir lo más selecto de todas las naciones, y la gloria llenó la casa del Señor, es decir la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad... Estos metales preciosos dan más esplendor a la Iglesia del Salvador que antes la Sinagoga; con estas piedras vivas está construida la casa de Cristo, cuya corona es una paz eterna"*(134). En otro pasaje, dice, comentando a MIQUEAS: *"Venid subamos hasta la casa del Señor: hay que subir, si se quiere llegar hasta Cristo y hasta la casa del Dios de Jacob, la Iglesia, casa de Dios, columna y fundamento de la verdad"*(135). Por último, en el prefacio del comentario a SAN
MATEO: *"La Iglesia fue edificada sobre* 418
base de roca por una palabra del Señor; ella es a quien el rey introdujo en su habitación, ella es a quien tendió la mano por la abertura de una secreta entrada"(136).

El fruto del amor a Cristo. Como se ve en los últimos pasajes citados, nuestro Doctor exalta la unión íntima del Señor con la Iglesia. No se puede separar a la cabeza de su cuerpo místico; por eso el amor a la Iglesia viene necesariamente del amor a Cristo, que debe ser mirado como el fruto principal y dulce entre todos, de la ciencia de las Escrituras.

38. **El río de la gracia: "Ignorar las Escrituras, es ignorar a Cristo".** En efecto, JERÓNIMO estaba a tal punto convencido de que este conocimiento del sagrado texto es la vía ordinaria que lleva al conocimiento y al amor de Nuestro Señor, que no vacilaba en afirmar: *"Ignorar las Escrituras, es ignorar al mismo Cristo"*(137). Escribe en este sentido a SANTA PAULA: *"¿Cómo podríamos vivir sin la ciencia de las Escrituras, a través de las cuales se aprende a conocer a Cristo, que es la vida de los creyentes?"*(138). Hacia Cris-

(132) Ep. 58, 7, 1.
(133) Postumianus apud Sulp. Sev., Dial. 1, 9 (Migne, P.L. 20, 190, A).
(134) In Agg. 2, 1 (Migne, P.L. 25, 1404, B).
(135) In Mich. 4, 1 (Migne, P.L. 25, 1187, B).
(136) In Mat. Prol. (Migne, P.L. 26, 17, B).
(137) In Is. Prol. Cf. Trac. de Ps. 77 (Migne, P.L. 24, 17, A-B; 1123, B; y 1124, C).
(138) Ep. 30, 7 (Migne, P.L. 22, 443).

to, en efecto, convergen como hacia su centro todas las páginas de ambos Testamentos: y comentando el pasaje del Apocalipsis, donde trata del río y del árbol de vida, JERÓNIMO escribe esta notable sentencia: *"No hay más que un río que mana debajo del trono de Dios, y es la gracia del Espíritu Santo, y esta gracia del Espíritu Santo está encerrada en las Sagradas Escrituras, es decir, en ese río de las Escrituras. Y éste corre entre dos riberas que son el Antiguo y el Nuevo Testamento y en cada orilla se encuentra plantado un árbol que es Cristo"*(139).

No hay que extrañar entonces, que en sus piadosas meditaciones, JERÓNIMO acostumbrase referir a Cristo todo lo que leía en los Libros Santos: *"Para mí, cuando leo el Evangelio y encuentro testimonios sacados de la Ley, testimonios extraídos de los profetas, no considero sino a Cristo; si he visto a los Profetas, ha sido tan sólo para comprender lo que ellos dicen de Cristo. Cuando un día penetre yo en el esplendor de Cristo y brille ante mis ojos su luz deslumbradora comparable a la del sol refulgente, ya no veré la luz de una lámpara. Enciende tú una lámpara en pleno día, ¿acaso dará luz? Cuando brilla el sol, la luz de la lámpara se desva-*
419 *nece; en la misma forma, cuando se goza de la presencia de Cristo, la Ley y los profetas desaparecen. Nada quito a la gloria de la Ley ni de los profetas; antes, por el contrario, los alabo por ser los anunciadores de Cristo. Cuando leo la Ley y los profetas el fin que me propongo no es limitarme a la Ley y a los profetas, sino por la Ley y los profetas llegar hasta Cristo"*(140). Y así lo vemos elevarse maravillosamente, por el comentario de las Escrituras, hasta el conocimiento y el amor del Señor Jesús y encontrar allí la perla preciosa de que habla del Evangelio: *"No hay más que una perla preciosa entre todas, el conocimiento del Salvador, el misterio de su pasión y el secreto de su resurrección"*(141).

(139) Tract. de Ps. 1 (Migne, P.L. 26, 874).
(140) Tract. in Marc. 9, 1-7 (Migne, P.L. 30, 615).
(141) In Mat. 13, 45 (Migne, P.L. 26, 98, A).

El fruto de la Imitación de Cristo. El amor que lo consumía por Cristo lo llevaba, pobre y humilde con Cristo, a libertarse sin reservas de todos los lazos de las preocupaciones terrenales; a no buscar sino a Cristo; a dejarse conducir por su Espíritu; a vivir con El en la más estrecha unión; a estampar como un sello en su propia vida la efigie de Cristo en su Pasión; a no tener deseo más ardiente que el de sufrir con Cristo y para Cristo.

Así se explica lo que escribía en el momento de embarcarse, cuando, muerto DÁMASO, pérfidos enemigos, hostigándolo con sus vejaciones, lo obligaron a alejarse de Roma: *"Algunos pueden considerarme como un criminal, agobiado bajo el peso de todas las culpas, y esto no es nada en comparación con mis pecados. Tienes razón, sin embargo, de creer en el interior de tu alma hasta en la virtud de los pecadores... Doy gracias a mi Dios de merecer el odio del mundo... ¿Qué parte de sufrimiento he soportado yo, el soldado de la Cruz? La calumnia me cubrió con el oprobio del crimen: pero yo sé que con buena o mala fama se llega al reino de los cielos"*(142). Y he aquí en qué términos exhortaba a la piadosa doncella EUSTOQUIA a soportar valerosamente por Cristo los sufrimientos de la vida presente: *"Grande es el sufrimiento, pero grande también la recompensa en imitar a los mártires, en imitar a los apóstoles, en imitar a Cristo... Todos estos sufrimientos que acabo de enumerar parecen bien penosos al que no ama a Cristo. Aquel, por el contrario, que considera toda la pompa del siglo como cieno inmundo; para quien todo lo que hay debajo del sol es vanidad; que no quiere enriquecerse sino de Cristo; que se asocia a la muerte y a la resurrección de su Señor y que crucifica su carne con sus vicios y concupiscencias, aquél podrá* 420
repetir con toda libertad: «¿Quién nos separará de la caridad con que nos ama Cristo?»"(143).

Resumen de los frutos de la lectura de la Biblia. JERÓNIMO saboreaba, pues,

(142) Ep. 45, 1 y 6 (Migne, P.L. 22, 480 y 482).
(143) Ep. 22, 38 y 39; Rom. 8, 35 (Migne, P.L. 22, 422 y 423).

muy abundantes frutos en la lectura de los Libros Santos; allí es donde extraía esas luces interiores que lo hacían adelantar cada día más en el conocimiento y el amor de Cristo; de allí sacaba ese espíritu de oración del cual habló bien en sus escritos; allí por último es donde adquiría esa admirable familiaridad con Cristo, cuyas dulzuras lo animaban a tender sin tregua, por el rudo sendero de la cruz, a la conquista de la palma del triunfo.

Eucaristía y devoción a la Virgen. Asimismo, el impulso de su corazón lo llevaba sin cesar hacia la Santísima Eucaristía: "*Ninguno, en efecto, es más rico que aquel que lleva el cuerpo del Señor en cesta de mimbre y su sangre en una ampolla*"(144).

Tenía la misma veneración afectuosa hacia la Santísima Virgen, cuya perpetua virginidad defendió con todas sus fuerzas; y la Madre de Dios, ideal acabado de todas las virtudes, era el modelo que proponía de ordinario a las esposas de Cristo(145).

39. **El fruto del cariño de San Jerónimo por los Santos Lugares.** Nadie se extrañará, pues, de que los hogares de Palestina que habían sido santificados por Nuestro Redentor y su Santísima Madre hayan ejercido un encanto y un atractivo tan poderoso sobre SAN JERÓNIMO. Sus sentimientos al respecto se adivinan en lo que sus discípulas PAULA y EUSTOQUIA escribían desde Belén a MARCELA: "*¿En qué términos y con qué frases podremos darte una idea de la gruta en donde nació el Salvador? ¿Y qué decir de la cuna que oyó sus gemidos de niño? El silencio es más digno de ella que nuestras pobres palabras... ¿Cuándo llegará el día en que nos sea dado penetrar en la gruta del Salvador y llorar junto a la tumba del Maestro? ¿Besar la madera de la Cruz y sobre el monte de los Olivos seguir en deseo y en espíritu a Cristo en su Ascensión?*(146). JERÓNIMO llevaba lejos de Roma una vida más penosa para su cuerpo: pero la memoria de estos augustos recuerdos traían a su alma tanta dulzura que exclamaba: "*¡Ah! ¡Si Roma tuviese lo que posee Belén, más humilde, empero, que la Ciudad romana!*"(147).

Conclusión e invocación del Santo. El voto del santo exégeta se realizó de 421
distinta manera de lo que él pensaba, y tenemos Nos y todos los ciudadanos de Roma, motivo de regocijo en ello. En efecto, los restos del gran Doctor, depositados en aquella gruta que él por tanto tiempo había habitado y que la célebre ciudad de DAVID se hacía una gloria en conservar en otro tiempo, Roma tiene hoy la dicha de poseerlos en la Basílica de SANTA MARÍA LA MAYOR, en donde reposan junto a la cuna misma del Salvador.

40. **El Papa elogia e invoca al gran Doctor.** Calló la voz, cuyo eco salido del desierto llenaba al mundo católico todo entero; pero por sus escritos que "*brillan sobre el universo como antorchas divinas*"(148), SAN JERÓNIMO habla todavía. Proclama la excelencia, la integridad y la veracidad histórica de las Escrituras, los dulces frutos que se saborean leyéndolas y meditándolas. Proclama para todos los hijos de la Iglesia la necesidad de volver a una vida digna del nombre de cristianos y de preservarse del contagio de las costumbres paganas que nuestra época parece haber casi completamente restablecido.

Proclama que la Cátedra de PEDRO, gracias sobre todo a la piedad filial y al celo de los italianos a quienes el cielo ha otorgado la gracia de poseerla dentro de sus fronteras, debe gozar del honor y de la libertad absolutamente indispensables a la dignidad y al ejercicio mismo de la carga apostólica. Proclama para aquellas naciones cristianas, que tuvieron la desgracia de separarse de la Iglesia, el deber de volver a su Madre, en quien reposa toda esperanza eterna de salvación. Dios haga que este llamamiento sea escuchado sobre todo por las Iglesias Orientales, quienes desde hace ya demasiado tiempo alientan

(144) Ep. 125, 20, 4 (Migne, P.L. 22, 1085).
(145) Ep. 22, 8, 3 (Migne, P.L. 22, 422).
(146) Ep. 46, 10 y 12 (Migne, 22, 490 y 491).
(147) Ep. 54, 13, 6 (Migne, P.L. 22, 557).
(148) Cassian, De incarn. 7, 26 (Migne, P.L. 50, 256).

disposiciones hostiles hacia la Cátedra de PEDRO. Cuando vivía en aquellas regiones y tenía por maestros a GREGORIO NACIANCENO y a DÍDIMO DE ALEJANDRÍA, JERÓNIMO sintetizaba en esta fórmula, que se ha hecho clásica, la doctrina de los pueblos orientales de su época: *"Todo aquel que no se refugie en el Arca de Noé, será sepultado en las aguas del diluvio"*(149). Este azote, si Dios no lo detiene, ¿acaso no amenaza hoy destruir todas las instituciones humanas? ¿Qué es lo que permanece en pie, en efecto, después de haber suprimido a Dios, autor y conservador de todas las cosas? ¿Qué es lo que puede subsistir, después de haberse separado de Cristo, que es la vida? Pero El que, en otro tiempo, al llamamiento de sus discípu-
422 los, calmó el mar embravecido, puede todavía devolver a la sociedad humana convulsionada el beneficio tan precioso de la paz.

Que SAN JERÓNIMO atraiga este favor sobre la Iglesia de Dios, a quien tan ardientemente amó y valerosamente defendió contra todos los asaltos de sus enemigos; pueda su patrocinio obtener que, apaciguadas todas las discordias, según el anhelo de JESUCRISTO, *"no haya más que un solo rebaño y un solo pastor"*(150).

Exhortación a los obispos de dar a conocer y practicar las enseñanzas recibidas. Llevad sin tardanza, Venerables Hermanos, al conocimiento de vuestro clero y de vuestros fieles las instrucciones que Nos acabamos de daros, con ocasión del décimo quinto centenario de la muerte del gran Doctor. Querríamos que todos, a ejemplo y bajo el patrocinio de SAN JERÓNIMO, no solamente permaneciesen fieles a la doctrina católica bajo la inspiración divina de las Escrituras y asumiesen su defensa, sino también que observasen con escrupuloso esmero las prescripciones de la *Encíclica "Providentissimus Deus"* y de la presente carta.

41. **Lo que el Papa espera de "todos los hijos de la Iglesia".** Entre tanto, formulamos el voto de que todos los hijos de la Iglesia se dejen penetrar y fortalecer por la dulzura de las Sagradas Letras, con el fin de llegar a un conocimiento perfecto de Jesucristo.

Bendición Apostólica. Como prenda de este deseo y en testimonio de Nuestra paternal benevolencia, Nos os concedemos muy afectuosamente en el Señor, a vosotros, Venerables Hermanos, así como a todo el clero y a todos los fieles que os están confiados, la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 15 de septiembre de 1920, en el año séptimo de Nuestro Pontificado.

BENEDICTO PAPA XV.

(149) Ep. 15, 2, 1 (Migne, P.L. 22, 355).

(150) Juan 10, 16.